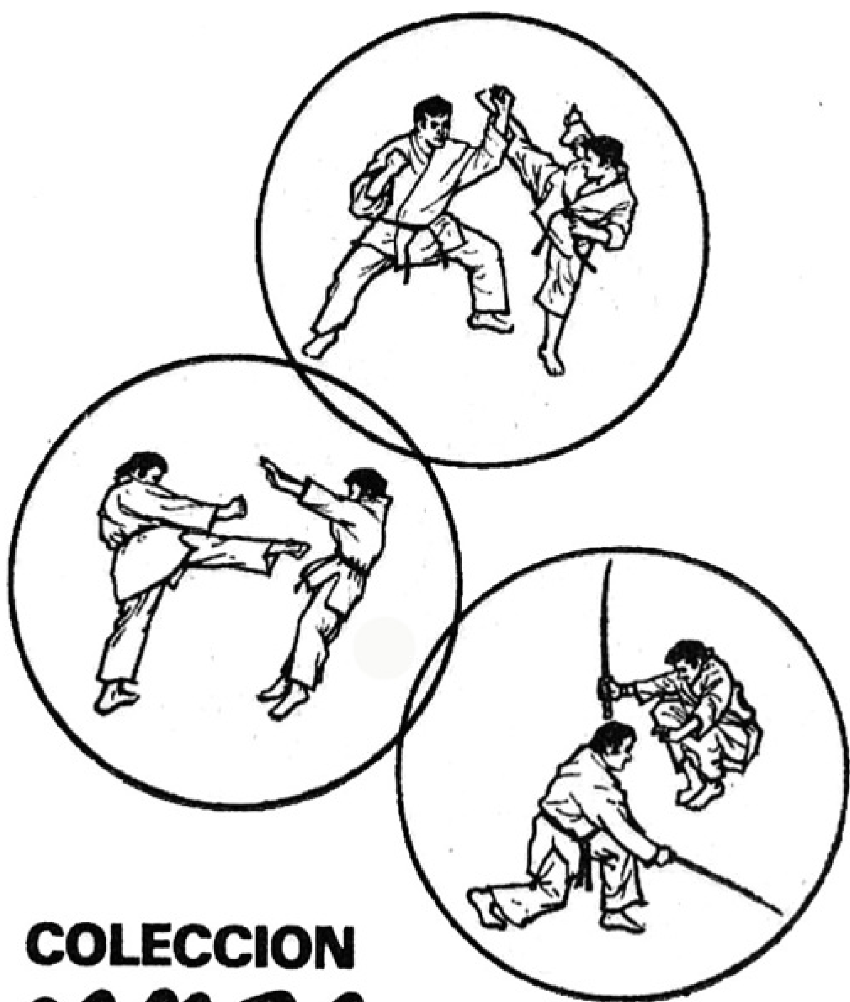


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

LA NOCHE DE "LA COBRA"



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

LA NOCHE DE "LA COBRA"

Colección ¡KIAI! n.° 51
Publicación semanal

¡KIAI!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS —MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

46.El paraíso de las fieras. *Ralph Barby.*
47.Isla de la Calavera. *Curtis Garland,*
48. El reclamo. *Clark Carrados.*
49. El enemigo invisible. *Lou Carrigan.*
50. Yo cobro, ni callas, ellos pagan. *RalphBarby.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 38.325 — 1977

Impreso en España —Printed in Spain

1ª edición: diciembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDOKAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1977

CAPÍTULO PRIMERO

TRÓPICO ARDIENTE

Lena Tiger contempló largamente el bello paisaje situado más allá del pequeño, pero moderno, aeropuerto internacional.

Era un bello lugar, aquél. No muy conocido aún en el resto del mundo, pero quizá en breve su promoción turística llegaría a Convertirse en uno de los más visitados.

La hilera de palmeras, tras los blancos edificios, la proximidad de las arenosas franjas doradas del litoral, besadas por un mar azul, límpido y suave, el cielo sin nubes, el clima ideal durante casi todo el año, y la indudable prosperidad que estaba comenzando a apuntar en la capital del pequeño país tropical, visible sobre todo en las nuevas edificaciones modernas, allá en su zona comercial y burocrática, hacían de aquella nación un auténtico paraíso para el visitante.

La primera impresión no podía ser más grata al viajero. Todo en torno respiraba exotismo, pulcritud, gracia y encanto. A ello, comenzaba a unirse el progreso, el desarrollo comercial, industrial y financiero, visible en muchos detalles de las nuevas urbanizaciones e instalaciones de la ciudad.

Mientras Lena caminaba con su maletín de viaje, liviano y cómodo, a través de la pista de aterrizaje, en dirección al acceso de los viajeros internacionales, se preguntó si realmente podía pensarse que una persona estuviera en semejante lugar, a no ser para disfrutar de su clima y de sus encantos naturales.

Y, sin embargo, no era así

Ella estaba allí, ahora, por una razón muy sencilla. Y muy poco explicable en aquel paradisiaco rincón del mundo.

Ella había acudido a la llamada de alguien.

No había sido una llamada rutinaria, sino de alarma. Una petición de auxilio.

Podía decirse, sin temor a exagerar, que se trataba de una

desesperada petición de auxilio.

No iba dirigida, naturalmente, a ella sola. Pero no tuvo tiempo ni ocasión de hacer aquel viaje de otra manera. La llamada incluía a todos. A los tres.

A ella, a Frank Cole y a KwanShang. En suma, a los *Tres Dragones de Oro.*

Pero Cole y Kwan estaban, en estos momentos, en un lugar ignorado de Asia, resolviendo otro problema que alguien les había asignado. No logró comunicar con ellos, pese a intentarlo repetidamente por los cauces habituales.

Y dada la urgencia de la demanda, optó por emprender, sola, aquel viaje.

No era igual hacerlo junto a sus dos camaradas, pero por otro lado, tal vez resultara menos sospechoso para otras personas que una mujer sola, y más siendo de color, joven y atractiva, se presentase en el punto de destino, como una vulgar turista. O como una de las bellezas que, según leyera en un periódico hojeado a bordo del avión, se reunían esos días en el bello país tropical, en un certamen de belleza que iba a coincidir con la llegada a la capital de un importantísimo grupo financiero internacional, compuesto por banqueros yasesores financieros de un gran trust mundial bancario. La visita de estos últimos implicaba para el país la esperanza de un cercano crédito y de unas inversiones muy considerables, que elevarían astronómicamente en poco tiempo el nivel económico de la nación,

Así, Lena Tiger, con su juventud, su bella figura y su piel color marrón suave, sus rasgos hermosos y agresivos, la sensualidad latente que parecía escapar por todos los poros de su bello cuerpo, síntesis erótica de todos los atractivos de la mujer de color, pasó para todos los presentes en el aeropuerto internacional como una posible y futura Miss Trópico, o, cuando menos, como una seria aspirante a tal distinción.

Para todos, menos para los servicios de policía del aeropuerto. No tardó en comprobarlo.

—¿Señorita Lena Tiger? —preguntó cortésmente el funcionario de pasaportes, tras examinar su documentación.

—Sí, eso es.

—¿Norteamericana?

—Eso dice el pasaporte, ¿no?

—¿Turista?

—Supongo que no soy la única —sonrió Lena, algo paciente—. Todo su hermoso país está lleno de ellos.

—¡Cierto! —sonrió, a su vez, el funcionario con fría cortesía, sin que el brillo acerado de sus ojos oscuros variase un ápice—. Y pocas

tan bellas, podría añadir.

—Gracias. Es muy amable —se dispuso a recoger su pasaporte, extendiendo la mano.

—¡Un momento, por favor! —el policía retuvo su documento, y siguió estudiándola inquisitivamente—. Faltan aún ciertos trámites, señorita Tiger.

—¿Trámites? No lo creo —enarcó las cejas Lena—. Toda mi documentación está correcta.

—Lo sé, señorita Tiger. Pero no terminé de explicarme. Iba a decirle que también recibimos, a veces, tantos espías casi como turistas. Y algunos de ellos son mujeres. Y muy bellas, por cierto.

—¿Espías? —Lena se encogió de hombros—. No creo que su país sea una zona prohibida o cosa semejante...

—Ellos piensan de otro modo. Saben que tenemos acuerdos militares y tecnológicos con ciertos países. Las bases conjuntas se hallan muy cerca de la capital, y las armas estratégicas de que disponemos, interesan bastante a sus conciudadanos y a algunos otros países, hasta el punto de invadirnos con agentes encargados de espiar nuestras instalaciones militares.

—Le aseguro que ni siquiera conocía la existencia de tales acuerdos y de esas instalaciones, pero imagino que igual le diría un auténtico espía, ¿no es cierto?

—Muy cierto —rio suavemente el funcionario, como si realmente le hiciera gracia el comentario de la joven mulata, aunque sus ojos seguían tan graves como antes—. Perdone la molestia, pero es inevitable. Por aquí, por favor. Será sólo un momento, se lo aseguro. No pretendemos que saque una primera impresión desfavorable de nuestro país...

—Pues me temo que su pretensión empieza a fallar lamentablemente —suspiró ella, siguiendo al funcionario al interior de un compartimento situado dentro de las dependencias de policía y aduana del aeropuerto.

Allí, otros dos funcionarios uniformados con el impecable atavío marrón claro de los agentes del país, se hicieron cargo de ella y de su maletín, tras averiguar que no traía consigo otro equipaje.

—¡Por favor, abra el maletín! —pidió uno, mientras el otro telefoneaba, en el idioma nacional, que era un español suave y seseante, pronunciando su nombre y solicitando datos de archivo sobre ella, si es que existían.

Lena, que durante su adolescencia tuvo que convivir en los bajos fondos urbanos con multitud de portorriqueños y chilenos, conocía a la perfección el español, y pudo seguir el hilo de la conversación telefónica, mientras su inofensiva valija era minuciosamente revisada, sometida incluso a un proceso de Rayos X, detectores de armas y

explosivos y cosas parecidas, y finalmente revisada toda la maleta, en busca de posibles compartimentos secretos, que sólo existían en las mentes de los funcionarios de aquella policía.

Al final, le devolvieron la valija y sus pertenencias con una seca disculpa. El del teléfono colgó, hablando en español con su compañero:

—No hay nada sobre ella en Archivos. Pero tienen registrado su nombre, porque es una mujer bastante famosa en su país y en otros.

—¿Famosa? —se interesó el otro funcionario, dirigiendo una ojeada de soslayo al cuerpo de la joven—. ¿Qué es ella? ¿Artista, modelo...?

—*Budoka.*

—¿Qué? —farfulló el policía, perplejo.

—Una chica capaz de revolearnos a los dos, armados y todo, si nos ponemos pesados con ella. Es una conocida luchadora de *Artes Marciales.* Parece que pertenece a un grupo que ayuda a gente en apuros o cosa así. Pero no tiene filiación política.

—Esto es un lío —refunfuñó el otro funcionario. Miró de nuevo a Lena y le habló en inglés correcto—: Señorita Tiger, nosotros...

—No se esfuerce —sonrió ella—. Hablo español. ¿Es un delito, aquí, ser *budoka,* tal vez?

—No, pero... —el policía sacudió la cabeza—. En fin, lamentarnos haberla retenido todo este tiempo. Cumplimos órdenes. Todo está en regla. Puede salir. Y bien venida a nuestro país.

—Muy amables. No olvidaré esta bienvenida, caballeros —recogió su valija y salió del compartimento con un gesto irónico de despedida.

Apenas hubo salido del recinto, los dos policías se miraron fijamente. Uno señaló con Voz tensa:

—¿Debíamos permitirle la entrada en el país? Si ella es *budoka,* puede tener algo que ver con... con lo que sucede.

—No lo creo —refunfuñó el otro, sacudiendo la cabeza negativamente—. Pero de todos modos, no podíamos hacer otra cosa. No es sospechosa ni figura en nuestras fichas. Hay muchos *budokas* en el mundo que no tienen forzosamente que relacionarse con... con lo que sucede. Además, ella no tiene filiación política alguna, y eso es lo que cuenta. De todos modos, vamos a informar directamente al ministro del Interior. Y si él considera que debemos vigilarla de cerca mientras esté aquí... lo haremos.

—Sí, será lo mejor —asintió el otro policía del aeropuerto—. Que informen personalmente al jefe de policía, al comandante Arenas. Será lo mejor... No quiero responsabilidades si luego ocurre algo imprevisto. Yo no me fiaría nunca de una mujer que practicase Artes Marciales.

—Pues si supieras que ésta que nos acaba de llegar pertenece a

un grupo al que llaman los *Dragones de Oro* y están considerados los mejores y más poderosos *budokas* del mundo... —rio entre dientes su compañero, volviendo a tomar el teléfono para comunicar directamente con sus superiores.

El otro arrugó el ceño, puso gesto de perplejidad, pero no atinó a comentar nada. Luego, súbitamente, del exterior llegó un agudo grito de dolor, y el estruendo de algo que se estrellaba contra una vidriera, pulverizándola en medio de formidable crujido.

—¿Qué es eso? —aulló el del teléfono, soltando un respingo, y poniéndose en pie.

—O mucho me equivoco, o la bella *budoka* morena ha empezado a crear problemas en el país... —rezongó su compañero, saliendo disparado hacia el exterior.

Y así era.

Ambos pudieron ver, atónitos, igual que el agente de policía de inspección de pasaportes, cómo un cuerpo había volado, hasta atravesar una gran vidriera, y otro silbaba ahora por los aires, proyectado con pasmosa facilidad por una increíble llave de aquella esbelta, seductora y atractiva mujer morena de carnosos labios, ojos oscuros y vivarachos, y pelo ensortijado, crespado al estilo *afro.*

Los dos enemigos tan pasmosamente puestos fuera de combate por la recién llegada, eran dos hombres fornidos, de facciones hoscas y agresivas. Y, por si fuera poco, un tercero de parecida catadura asomaba entre la sorprendida y alarmada multitud que llenaba la sala de equipajes del aeropuerto, pero éste esgrimiendo una poderosa pistola «Parabellum» automática, provista de silenciador, con la que encañonaba a la mujer de color.

Uno de los agentes se dispuso a hacer fuego con su revólver reglamentario, anticipándose a la acción homicida del individuo.

Pero no hizo ninguna falta. Lena Tiger, la viajera norteamericana, se bastó y se sobró para ello en un relampagueante espacio de tiempo, cuando ya el segundo cuerpo había penetrado por el enorme boquete abierto en la amplia vidriera por el adversario anterior.

Todos, fascinados, asistieron a la pasmosa exhibición de la joven mulata, deshaciéndose del tercer enemigo, justo antes de que éste pudiera apretar el gatillo de su arma.

—¡Que me ahorquen si jamás vi a una mujer parecida a esa! —masculló el policía que ni siquiera atinaba a empuñar su arma, cuando fue testigo de la tercera y última acción de tan fantástica luchadora.

* * *

Si hasta entonces, la viajera de color había puesto en práctica

llaves y contraataques de *Aikido,* siempre más defensivos que ofensivos, aunque de consecuencias tan desastrosas para sus adversarios, por vigorosos que éstos fuesen, ahora súbitamente, varió la dama su táctica, revelando que no sólo dominaba esa difícil técnica de lucha, sino también otras, tan espectaculares, como lo era el *Tae-kwon-do,* denominado también *karate volador,* a causa de la espectacularidad de sus técnicas y de la agilidad impresionante que necesitaba un luchador para ponerlo en práctica con eficacia.

Y no había duda de que aquella damita de piel oscura, era de lo más eficaz en tal sentido.

Nadie de cuantos presenciaban la pasmosa exhibición, tuvo la menor duda de ello, apenas la viajera saltó sobre el individuo armado con la poderosa «Parabellum» provista de silenciador.

Fue un desplazamiento aéreo virtualmente digno de un ave. Inverosímil en su elasticidad y precisión. Algo realmente increíble, de no haberlo visto todos con sus propios ojos.

El cuerpo ágil, esbelto, de la seductora joven de piel broncínea, hendió el aire como una estilizada catapulta, en una patada frontal vertiginosa; una maniobra de *Ap-chaki* impecable, que lanzó su pie derecho sobre el rostro del agresor, descargando en él un impacto seco, escalofriante.

Eso bastó. El hombre emitió un aullido ronco, y sus dedos se abrieron, dejando escapar el arma, al tiempo que reculaba, dando tumbos, para ir a golpear violentamente en otra vidriera, que se desgajó bajo su peso e impulso, lanzándole al otro lado, entre agudas aristas de vidrio.

La joven aterrizó suave, casi armoniosamente, pese al esfuerzo considerable que debía representar su acción, y clavó unos ojos oscuros y relampagueantes en el caído, totalmente vencido ya por aquella especie de hermoso huracán llegado al país unos minutos antes.

Una serie de agentes uniformados cayeron rápidamente sobre los individuos atacados por la luchadora. Pero ellos intentaron escapar, sacando fuerzas de flaqueza, y gritando entre sí, en una lengua que ella no logró comprender.

Entonces sucedió algo realmente terrible. Los policías abrieron fuego sobre los agresores. A bocajarro y sin contemplaciones.

Fueron al menos media docena de armas automáticas, vomitando proyectiles sobre los hombres vencidos poco antes por Lena Tiger. Entre carreras de pánico, gritos de terror de los presentes, y una enorme confusión en todo el aeropuerto, los agentes del orden terminaron en pocos segundos con todo intento de evasión.

Pero también con la vida de los tres misteriosos atacantes de Lena. Ella, repentinamente petrificada, llena de un incrédulo horror,

contempló la masacre, sin atinar, quizá por primera vez en mucho tiempo, a decir o hacer algo que revelara su estupor e indignación por el acto brutal, de represión sangrienta.

—¡Dios mío...! —jadeó, con sus ojos muy abiertos, viendo rodar por el suelo los tres cuerpos humanos, convertidos en auténticas cribas sanguinolentas—. ¿Para qué eso? ¿Es que es necesario acribillar a tres hombres desarmados, por muy peligrosos y feroces que fuesen?

Aún estaba sometida a aquel helado estupor, cuando el funcionario uniformado que antes la atendiera —armado con una automática humeante, recién utilizada en la matanza que había ensangrentado el aeropuerto tropical—, y con su mejor sonrisa en un rostro joven, moreno e inmutable ante la muerte, se inclinó ante ella, excusándose:

—Le ruego disculpe, señorita. Usted lo hizo muy bien, pero esa gente no podía escapar.

Era demasiado peligrosa para ello.

—¿Y era preciso asesinarles, oficial? —replicó, secamente, ella.

Un brillo duro y frío asomó súbitamente a las pupilas del policía, que replicó con una aspereza que su tono cortés permitía traslucir fácilmente:

—Señorita, son asuntos internos de seguridad de nuestro país los que están en juego, y nuestros procedimientos para reprimir la violencia y el delito, son cosa nuestra. Usted es extranjera aquí, y debe ser protegida, eso es todo. ¿Conocía de algo a sus agresores?

—No, en absoluto.

—¿Conoce la existencia de algún motivo para que la atacasen tan ferozmente?

—No, tampoco.

—¿No cree que resulta muy raro que esto sucediera, con usted como presunta víctima, siendo una desconocida, recién llegada a nuestro país como simple turista?

—Sí, muy raro —asintió Lena, fríamente—. Supongo que es tarea suya averiguar las causas de tales hechos, señor.

—Cierto, señorita —sonrió con aire cáustico el oficial de policía—. Y las averiguaremos, no lo dude... No la molestamos más. Bien venida a nuestro país... y cuídese. No nos gustaría que le sucediera nada estando entre nosotros, aunque intentaremos que no se repita algo como lo de hoy en el aeropuerto...

—Eso espero —suspiró ella, seca, alejándose definitivamente hacia un taxi, a través de la todavía confusa y atemorizada multitud, entre la que proliferaban de súbito los agentes del orden, armados y sin emplear demasiadas contemplaciones en restablecer la calma y la normalidad.

Estaba ya lejos ella, camino del hotel en el centro de la capital,

cuando el oficial de policía informaba a Seguridad Interior, y luego, frotándose el mentón, comentaba para sí, contemplando con indiferencia los cadáveres de los tres individuos cosidos a balazos por él y sus compañeros de servicio:

—Sigo preguntándome por qué la atacaron precisamente a ella... ¿Tendrá todo esto algo que ver con... con La Cobra?

Y su gesto, al pensar en voz alta sobre ese tema, era de viva y profunda preocupación.

CAPÍTULO II

LA COBRA

Era un hotel fastuoso. Tal vez demasiado lujoso para un país que tenía fama de pobre y desigual en el reparto de renta por cabeza. De no ser por el turismo y algunos productos agrícolas y mineros, el país no saldría de la miseria. Y aun así, ahora seguía sufriendo las consecuencias de un sistema de gobierno que había desnivelado aún más esa balanza, dando demasiado a unos pocos, para quitárselo a una inmensa mayoría que pasaba calamidades, e incluso hambre.

Lena sabía eso por la prensa norteamericana, Pero viendo ahora las avenidas amplias y bien edificadas, con turistas de todos los países a la sombra de sus palmeras, con automóviles lujosos, piscinas y playas repletas de bañistas que disfrutaban del sol tropical, y hoteles como aquel en que ella se alojaba, en plena Avenida de las Américas, centro comercial y turístico de la pequeña capital del Estado, nadie hubiera dicho que esa desigualdad social y económica existía en el país. Un sistema totalitario, encabezado por el general Nelson Velasco, era el gobierno que regía el país.

Y allí estaba ella ahora. Sola, sin la compañía de sus inseparables camaradas, Frank Cole y KwanShang, ausentes muy lejos de allí, por otros motivos, mientras ella acudía a la llamada de auxilio de una persona entrañablemente querida. Una persona que, a juzgar por su aviso apremiante, corría un serio peligro inmediato.

La extraña arribada al aeropuerto internacional, con la agresión misteriosa de los tres desconocidos, posteriormente muertos a mansalva por la policía local, no hacía sino justificar esos temores en Lena. Y confirmar ese clima soterrado de terror político y represión inexorable que se ocultaba bajo la risueña, amable faz turística del país americano donde ella se hallaba ahora.

Tal vez por primera ocasión en mucho tiempo, Lena Tiger se sentía preocupada e inquieta Se preguntaba si no había pecado de excesivo entusiasmo, e impulsivamente, sin reflexión alguna, se había metido en la boca del lobo sin medios para salir de ella sana y salva.

Cierto que tenía sus recursos, su habilidad de luchadora, sus conocimientos de *Aikido y Tae-Kwon-Do,* pero ¿de qué podía valer todo eso, frente a una policía represiva y un sistema de gobierno dictatorial, o frente a otros hombres armados, como los que inexplicablemente la atacaron en el aeropuerto, y que podían

proliferar en la bella ciudad tropical?

Lena regresó al interior de su *suite* en el lujoso hotel Paraíso. Echó una ojeada distraída a las primeras planas de los diarios que habían dejado sobre una mesita, cerca de ella.

Los titulares se repartían entre dos temas que, al parecer, atraían la atención general en el pequeño *y* bello país del trópico:

»LAS BELLAS ASPIRANTES AL TITULO DE MISS TRÓPICO, LLEGAN A NUESTRO PAÍS.»

«LA COMISIÓN DE FINANCIEROS DE LA SOCIEDAD MUNDIAL BANCARIA, LLEGAN A LA CAPITAL, PARA ESTUDIAR EL CRÉDITO DE MIL MILLONES DE DÓLARES A NUESTRO PAÍS, UN DINERO QUE PUEDE HACER MAS GRANDE Y PROSPERA NUESTRA AMADA PATRIA.»

Sí, evidentemente, el tema frívolo de las hermosas aspirantes a un título de belleza internacional, era el único capaz de competir con el trascendente asunto del empréstito a recibir por el país, de manos de los banqueros internacionales reunidos en la capital para tal fin.

Súbitamente, otra noticia, situada en un ángulo del periódico, menos visible, atrajo su atención inmediata:

«LA COBRA ATACA DE NUEVO. IMPORTANTE ROBO EN EL HOTEL PARAÍSO, CON UNA PERSONA SERIAMENTE HERIDA. LA POLICÍA CREE TENER APRETADO EL CERCO EN TORNO AL PELIGROSO DELINCUENTE. SE ESPERAN NOTICIAS IMPORTANTES EN BREVE PLAZO.»

—Este es el hotel Paraíso —se dijo Lena en voz alta, leyendo con mayor atención aquella noticia perdida en la parte menos visible del periódico local—. ¿Qué significa exactamente eso de La Cobra?

Lo leyó, percatándose de que el triunfalismo del titular no correspondía exactamente a la realidad de los hechos, y que todo ello no era sino un modo de enmascarar ante la opinión pública la existencia de una desorientación clara en las autoridades, respecto a los delitos de alguien que se firmaba La Cobra y que, al parecer llevaba ya algún tiempo actuando en los hoteles y lugares céntricos de la capital, cometiendo robos audaces, e hiriendo o matando, según los casos, a quienes le sorprendían o pretendían darle caza. Varios agentes de policía habían sufrido también la virulencia del misterioso ladrón, sobre el que Lena Tiger no encontró en la noticia ningún otro detalle aclaratorio, quizá porque su figura, aunque de ignorada identidad, era harto conocida ya para la gente de la localidad.

—La Cobra... —meditó Lena, pensativa—. Un ladrón de guante

blanco... particularmente violento, cuando llega el caso. Así lo definiría yo. Claro que tal vez haya más, pero los periódicos de aquí no parecen muy explícitos en cuestiones que toquen a su política o economía...

Se dispuso a bajar al comedor, pero antes quiso establecer contacto con quien le había traído tan súbitamente al pequeño país tropical. Descolgó el teléfono y marcó línea directa con el exterior.

Examinó un pequeño bloc de apuntes, y de allí tomó un teléfono, marcándolo en el dial. Esperó la comunicación.

Tras unos segundos de espera, alguien descolgó.

—Residencia Orlando —sonó una voz de mujer, cortés pero algo seca—. ¿Quién llama, por favor?

—Mi nombre es Lena Tiger. Acabo de llegar de Estados Unidos. Quiero hablar con la señora Orlando.

—¿Lena Tiger? —la voz sonó sorprendida—. La señora no la esperaba aún...

—Lo sé, lo sé —asintió ella—. Vine antes de lo previsto. Encontré billete en el primer vuelo. No quise avisarla. Preferí darle la sorpresa.

—La señora Orlando no está ahora en casa —dijo la voz—. Pero la informaré de su llegada en cuanto la vea. ¿Va usted a venir aquí, o le digo dónde se aloja?

—De momento, estaré en el hotel Paraíso. Tal vez vaya a verla, después. No lo sé aún. Es mejor que cuando ella llegue me telefonee aquí. Creo que eso estará más de acuerdo con su criterio al respecto.

—Pienso lo mismo, señorita Tiger —la voz de mujer tuvo ahora una entonación peculiar, tensa. Lena hubiera jurado que, o ella era muy desconfiada, o aquella voz reflejaba inquietud, una especie de cautelosa advertencia de que no se extralimitara hablando demasiado por teléfono—. Yo soy Amanda Zapico, doncella y ayudante de la señora. Me habló de usted y de su inmediata visita a nuestro país... Espere que ella la llame. Será lo mejor. ¡Ah, y bien venida a este «paraíso»...!

—¡Gracias! —suspiró Lena, colgando el auricular, pensativa. Estaba segura de no haberse equivocado. Amanda Zapico, la doncella de la mujer por quien ahora estaba en esta bella ciudad tropical, capital de un idílico Estado centroamericano, había subrayado de un modo muy peculiar la palabra *paraíso.* Eso no era imaginación suya. Como tampoco lo era, a fin de cuentas, la necesidad de ayuda que tenía la señora Orlando. Viuda de Raúl Orlando, un joven político local, muerto recientemente.

Pero Bessie de Orlando era algo más que eso. Mucho más para ella.

Bessie era su hermana.

Por eso Lena Tiger estaba ahora en aquel país de idílica

apariencia e inquietante ambiente interior.

* * *

La orquestina emitía suave música dulzona, ideal para las parejas que bailaban por los bordes de la amplia piscina ovalada, bajo las tenues luces de matiz verde, estratégicamente situadas entre las palmeras y setos del hotel Paraíso.

Lena apartó el plato del postre y miró preocupada en derredor. Vio a un hombre gordo y sudoroso, con aspecto de comerciante, hablando por teléfono desde su mesa del restaurante situado al aire libre, junto a la piscina. Ella también había dejado aviso de que la avisaran, apenas hubiera una llamada para ella, conectando allí el teléfono. Pero en toda la tarde y toda la noche, nadie llamó a Lena Tiger. Y tampoco ella obtuvo respuesta cuando llamó repetidas veces a la residencia de los Orlando.

Empezaba a impacientarse. No debió hacer las cosas como le aconsejara la doncella de su hermana, sino como su impulso le dictaba: visitando directamente a Bessie apenas llegada a la ciudad.

La melodía que extendía sus dulces notas bailables por el recinto ajardinado, era ahora *Perfidia,* la eterna pieza que nunca pasaba de moda. Los jóvenes bailaban, muy juntos. También losturistas maduros.

Repentinamente, restallaron fogonazos de *flashes* fotográficos, Hubo algún revuelo al final de la piscina. Una figura joven, escultural, de rubia melena y formas exuberantes, se irguió junto al agua teñida de azul, luciendo sus curvas.

—Es una de las aspirantes a Miss Trópico —dijo alguien, cerca de la mesa de Lena—.Cheryl Moore, Miss Florida. Una guapa norteamericana... ¿eh?

Lena estudió a la rubia miss de Florida. Realmente era atractiva y tenía un encanto avasallador para los hombres, juzgó críticamente. A cada fotografía que la hacían, adoptaba una postura diferente, una sonrisa estereotipada y artificiosa, propia de su actual oficio de crearse publicidad para las elecciones de la belleza.

Lena se puso en pie. *Perfidia* terminó, siguiendo otra melodía sureña, *Frenesí.* Un joven alto y apuesto, de rubio cabello ondulado, se aproximó a ella, cerrándole el paso con una sonrisa digna de un galán en la línea de Robert Redford.

—¿Bailamos, señorita?—preguntó suavemente—. Me encanta el ritmo tropical...

—No, gracias. En otro momento —replicó Lena, halagada porque aquel rubio galán no parecía tener prejuicios raciales, pese a que en su voz captó que era norteamericano—.

Tengo algo que hacer ahora...

—Si puedo ayudarla en algo, además de esperar ese baile... —sonrió él.

—Nadie puede ayudarme, créame —suspiró ella—. Es un asunto personal. Por favor...

—No faltaba más, señorita —se apartó, cortés, abriéndole paso—. Mi nombre es Charles Norton, del *World News.* Me interesa usted como compañera de baile... y como noticia. Ya me entiende, lo de esta mañana en el aeropuerto local...

—¡Oh, entiendo! —Lena se paró, con cierto desencanto en el rostro—. No es sólo un intento de flirtear con una joven de piel de color. Es puro profesionalismo, ¿no?

—Se equivoca —se apresuró a negar el joven, caminando junto a ella con rápida zancada—. Yo soy periodista, pero también me gusta relacionarme con una chica bonita, no importa de donde sea ni la piel que tenga. Estoy por encima de esas cosas, puede creerme. He sido corresponsal dos años en África, uno en Japóny otro en Vietnam. En Tokio aprendí *Artes Marciales.*

—¿De veras? —Lena le dirigió una breve mirada curiosa, sin dejar de caminar.

—¡Oh, no soy de su talla, está claro! Me han relatado lo sucedido, y me quedé de una pieza. Hubiera dado un año de mi vida por presenciarlo. Eso es lo que me interesa de usted. Su personalidad, su audacia, su categoría de luchadora... Usted es noticia, señorita. Pero es también una de las mujeres más bonitas y atractivas que he conocido.

—Todo eso es muy halagador, señor Norton —sonrió Lena—. Pero ahora, por favor, déjeme sola. Tengo cosas que hacer, ya se lo dije.

—¡Oh, sí, por supuesto! —se detuvo el joven y arrogante periodista a la puerta del hotel, la amplia y encristalada galería que comunicaba con las piscinas y jardines—.

Perdone mi insistencia. ¿Volverá?

—Es posible. Depende de lo que haga en los minutos siguientes. Quizá vuelva.

—La esperaré. El baile dura hasta la madrugada. Encargaré una botella de champaña frío para su regreso.

—No acostumbro a beber alcohol —sonrió Lena—. No va bien a los que practicamos *Artes Marciales.* Pero una copa, siempre podré beber, para hacer honor a suamabilidad, señor Norton.

—Llámeme Charlie —dijo él, rápido—. Es como me llaman mis amigos.

—¡Adiós, Charlie! Si todo va bien... hasta luego.

—La estaré esperando. Este país dista mucho de ser un paraíso. Pero al menos, lo parece... Buenas noches, y suerte en sus asuntos

personales.

Se quedó atrás el periodista, y Lena apresuró el paso, encaminándose a recepción. Observó de soslayo la presencia de un trío de hombres de impecable indumentaria, edad madura o avanzada y aspecto de potentados. Alguien comentó que eran banqueros y lo parecían. Lena comprendió. Miembros de la comisión financiera que podía hacer llover millones de dólares sobre el país. El hotel Paraíso era realmente el centro social de la ciudad y quizá del país. Toda la gente importante se reunía allí.

Y en estas fechas, esa gente importante la constituían, sobre todo, los grandes magnates de las finanzas internacionales que iban a reforzar, con su empréstito, la economía nacional, y las bellas damas que, procedentes de varios países, competirían ante el público, la Prensa y las cámaras de la televisión, para alcanzar el soñado título de Miss Trópico.

Pero todo eso, a ella le importaba muy poco. Algo más trascendente ocupaba su pensamiento en esos instantes. Para Lena, lo primordial era la seguridad de aquella hermana a quien hacía años que no veía, en quien jamás pensó como una persona que pudiese correr el menor peligro. ¡Parecía tan difícil que los avatares de la vida fueran capaces de alcanzar a una muchacha casada con un hombre rico e influyente, en un país donde nunca sucedía nada...!

Pero ahora, todas esas cosas estaban revelando su verdadero fondo Para Lena, ya no existía el país paradisíaco, sino un clima de represión y terror político. El hombre rico, políticamente bien situado, había muerto hacía poco tiempo, y su viuda, su hermana Bessie, peligraba.

Cuál era ese peligro, era algo que aún desconocía. Y que se proponía averiguar a toda costa, intentando librar a Bessie de todo riesgo. Si ello era humanamente posible.

Pidió que le dieran comunicación telefónica, y el conserje se apresuró a hacerlo, invitándole a pasar a una cabina telefónica inmediata a recepción. La telefonista del hotel estableció la llamada. Lena esperó, con el auricular pegado a su oído, mientras el timbre del teléfono, allá en el otro extremo de la línea, sonaba repetidamente.

Cuando iba a colgar, temiendo que no hubiera respuesta una vez más, se escuchó el sonido del teléfono al descolgarse. Una voz interpeló:

—¿Sí?

El corazón de Lena palpitó con más fuerza. Aquella no era la voz de la doncella que se pusiera antes, la mujer llamada Amanda Zapico. Era *otra* voz.

—¿Bessie? —preguntó, tensa, entre esperanzada y temerosa de un error.

Hubo un silencio al otro extremo del hilo. Luego, el mismo murmullo resonó en su oído.

—¿Quién... quién...? ¿Es... es Lena?

—Soy Lena —afirmó ella, con emoción.

—Lena... Dios sea loado... —suspiró su interlocutora.

—¡Bessie! ¿Eres tú?

—Claro. Soy Bessie... querida.

—Bessie, por el amor de Dios, ¿qué te ocurre? Te estoy esperando. ¿No te dieron mi recado?

—Sí, pero... —parecía elegir cuidadosamente las palabras para pronunciarlas luego con temor, casi con angustia—. No pude comunicar. No es prudente.

—Bessie, ¿qué está ocurriendo? ¿Qué te sucede? Necesito saberlo.

—Por teléfono no es posible. Si pudiera verte...

—¡Oh, Bessie!, ¿para qué estoy entonces aquí? Te dije que te vería, que iría, que vinieses tú, como fuese... ¿A qué esperabas para tomar una decisión? ¿Quieres que vaya ahora, esta misma noche?

—No sé... si sería... prudente. Las cosas no son fáciles, Lena...

—Sea prudente o no, pienso ir. Estoy harta de misterios, de indecisiones. Debo verte. Soy tú hermana. Esto no es ningún crimen. Iré a tu residencia. Ahora.

—Está bien...—¿era imaginación suya o había un temblor creciente en su voz?—. Ven si quieres... Pero discretamente. Que no te vean. Hay una puerta posterior que da a un jardín... En la calle de atrás, no en la Alameda Nacional, Lena. Búscala. Estará entreabierta... Te esperaré. No tardes.

—En poco tiempo estoy ahí, no lo dudes —colgó, rápida, y tuvo una vacilación. Miró su falda de seda, su vestido de noche para la cena en el lujoso hotel. Decidió que no era la indumentaria apropiada para salir aquella noche. Algo le decía que el asunto olía a peligro por todas partes. Tenía intuición para esas cosas.

—Será mejor cambiarse —dijo—. Tal vez necesite de todas mis energías y recursos para salir de algún problema...

Sería sólo cuestión de demorar la salida, diez minutos. Valía la pena. Solicitó su llave y tomó el ascensor con rapidez, dirigiéndose a la planta sexta, donde tenía su habitación.

Cruzó con celeridad el pasillo, entró en la estancia, despojándose sobre la marcha del vestido de noche, cuya cremallera bajó de golpe, dejando al desnudo su espalda tersa, color canela, *y* las rotundas firmezas mórbidas de sus nalgas. Cayó el vestido a la alfombra. El breve *slip* era todo lo que cubría el cuerpo desnudo y elástico de la mulata. Carne morena, prieta y vibrante, emergió de la ropa desprendida, en una explosión exultante de sensualidad y vigor. Sus

muslos vibraban como si estuviesen formados de dura goma, al moverse hacia el armario, del que extrajo sus prendas favoritas: un pantalón tejano, ceñido y gastado, y una camisa de botones, gris y deslucida.

Cubrió con rapidez sus muslos, su trasero, con la primera prenda, ajustadísima a su figura. Con la otra prenda, desaparecieron de la vista los erectos y firmes pechos, que permanecieron visibles por la adherencia de la camisa a sus formas rotundas y duras.

Rápida, tras calzar unas ágiles zapatillas de suela de goma, salió de la estancia, disponiéndose a bajar a la calle nuevamente. El corredor del hotel aparecía silencioso y desierto. De abajo, de los jardines y piscinas, llegaba el suave sonido de las melodías bailables.

De súbito, una puerta se abrió frente a ella. Emergió al corredor, rápida y sigilosa, una figura fantástica, que dejó absorta, como petrificada, a Lena Tiger.

Ambas figuras se quedaron quietas, rígidas, contemplándose mutuamente con una súbita y latente agresividad, los ojos de Lena clavados en aquella sorprendente aparición.

Los de la aparición, a su vez, fijos en ella *con* una rara, agresiva malignidad.

Lena tardó en reaccionar, ante o imprevisible de la situación. Ese fue su gran error. El único que podía cometerse ante un enemigo como aquél, cuya agresividad intuyó ella rápidamente.

Porque la persona que había aparecido en la puerta de la habitación del hotel, iba vestida exactamente como un *ninja* (1).

(1) Los *ninjas* **eran guerreros que se ocultaban en las sombras, con sus ropajes oscuros, utilizando toda clase de técnicas para la lucha. Su método de combate,** *Nin-Jutsu***puede traducirse por** *técnica de la invisibilidad,* **que era su básico medio de atacar, huir o permanecer oculto. Jamás se quejaban, aun sufriendo las más dolorosas mutilaciones, y su forma de luchar era prácticamente invencible, incluso contra enemigos muy superiores en número. Tan valeroso y estoico como cruel y despiadado, no pedía ni concedía cuartel. Era un ser casi fantasmal, un guerrero único y estremecedor, de peculiar indumentaria negra o muy oscura.**

Y un *ninja* sólo podía significar violencia y muerte.

Estuvo segura de que se encontraba frente a frente con La Cobra. No porque destilara peligrosidad ni porque vistiera como los legendarios y devastadores *ninjas* de otros tiempos pasados, en tierras japonesas.

Sino porque sobre su negro blusón con capucha, que era lo que caracterizaba más a los *ninjas* del resto de los combatientes y guerreros orientales, iba dibujada en verde fosforescente la imagen de una serpiente cobra.

CAPÍTULO III

M U E R T E

Lena Tiger se había cruzado en el camino de La Cobra.

El fantástico personaje, representación viva de aquellos terroríficos, casi inhumanos luchadores del pasado, la contempló con la gélida mirada de unos ojos glaciales, por entre los pliegues de su negra capucha. Llevaba en sus manos un *nunchaku,*y en su cintura uno de los curvos y estremecedores sables de los utilizados en las técnicas de combate de tan legendario e increíble guerrero.

Cuando el *ninja* salió de la habitación situada frente a la de Lena, ocultaba con rapidez su mano enguantada, bajo la negra prenda que cubría su pecho, hombros, brazos y cabeza, un puñado de rutilantes joyas y un montón de fajos de billetes. Moneda americana, billetes de cien dólares, pudo captar Lena fugazmente, mientras el siniestro personaje emitía un grito ronco, intentando evadirse.

Lena Tiger tuvo aquella funesta vacilación, y luego cometió su segundo y definitivo error. Quiso cerrar el paso al *ninja* ladrón que, sin duda, era La Cobra en persona.

Jamás enemigo alguno, en la carrera aventurera de Lena Tiger, la luchadora perteneciente al grupo de los *Tres Dragones de Oro,* se había enfrentado con un adversario de semejante talla.

Su rapidez de movimientos, su elasticidad y precisión, fueron virtualmente nulos ante la energía súbita que desencadenó el *ninja* al momento, en un alarde fantástico de agilidad y rapidez física y mental.

De los labios ocultos del misterioso ser, brotó un nuevo grito ronco, acaso un remedo cruel del *¡kiai!* de los luchadores habituales, y al tiempo que sus manos manipulaban con seguridad increíble el *nunchaku,* disparó su pie derecho, alcanzando a Lena en las ingles y haciéndola encoger, repentinamente dolorida. Simultáneamente, el *nunchaku,* movido en un ataque en *Suis-ha-Gaeshi,* hería a Lena brutalmente en el mentón, lanzándola hacia atrás con violencia.

Lena emitió un grito ronco, luchando por mantenerse consciente tras el brutal acoso del *ninja,* y tal vez lo hubiera conseguido, continuando la implacable lucha con el ladrón de la noche. Pero en ese momento, la fatalidad actuó en contra de la audaz luchadora de

color.

Fue a estrellarse contra una vidriera que dividía en aquel punto el corredor en dos zonas, y su cabeza chocó con estrépito sobre el panel, destrozándolo ruidosamente, y pasando su cuerpo encogido a través de la abertura hecha por el impacto.

Lena rodó sobre la alfombra, dejando huellas de sangre por donde rodaba, mientras el *ninja,* con una veloz mirada en derredor suyo, vaciló apenas un instante y luego se alejó moviendo sus piernas a un ritmo endiablado, con una celeridad increíble. Y sin producir el más leve ruido.

Como si fuese una sombra, su figura se perdió en un recodo del pasillo, Lena Tiger se quedó sola, tendida allá en la alfombra roja que hacía esponjoso y suave el suelo del corredor.

Al estrépito de los vidrios pulverizados en su caída, acudieron numerosos huéspedes y camareros. Se dio la alarma, mientras el cuerpo exánime era recogido por dos camareros, comprobando que la sangre fluía en abundancia por entre los rizos de la cabeza de la muchacha.

—¡Llamen a un doctor! —gritó alguien—. ¡Está malherida!

Con rapidez, buscaron un médico para que la víctima fuese atendida, y todo el hotel entró en conmoción.

Conmoción que aún fue mayor cuando uno de los banqueros extranjeros, tras visitar su habitación, salió dando voces estentóreas:

—¡Me han robado! ¡Me han robado! ¡Las joyas de mi esposa han desaparecido! ¡Han sacado de mi valija más de cuatrocientos mil dólares...! ¡Se lo han llevado todo... y sólo han dejado esto como huella de quien hizo tal felonía!

Y el banquero Hans Dietrich, de la banca internacional, importante financiero de Europa, mostró ante los asombrados ojos de todos los presentes, una tela o tapiz, con el bordado de una serpiente cobra, en color fluorescente, verdoso.

* * *

La policía ocupaba el hotel Paraíso y deambulaba por doquier. El clima en el suntuoso edificio, era de inquietud y confusión.

El robo cometido a uno de los importantes financieros llegados al país, resultaba demasiado escandaloso para que los funcionarios de la autoridad local permaneciesen quietos o tranquilos. La señora Dietrich no dejaba de sollozar, tras haber hecho una valoración aproximada de medio millón de dólares en joyas robadas, ello, unido a la desaparición del dinero en moneda americana, que el banquero Dietrich, no había depositado en la caja fuerte del hotel por tener que entregarlo aquella noche a un financiero de la ciudad, como primer

acuerdo sobre una serie de ayudas económicas al país, daba al espectacular delito un aire de verdadera catástrofe para el prestigio de la autoridad local.

El funcionario de policía que llegó al hotel, era hombre importante: el capitán Acosta, de la Policía Militar. Era el encargado de investigar el asunto, por designación directa del comandante Arenas, de *Seguridad Interior.* Acosta, hombre duro, inteligente, obstinado y de pocos escrúpulos a la hora de actuar, parecía la persona idónea para encargarse del caso.

Terminó de escuchar el relato del financiero y su esposa, antes de hacer unos apuntes en su bloc. Luego, se volvió a un subordinado suyo, que se ocupaba en revisar la moqueta del corredor, en busca de huellas.

—Y bien, ¿ha encontrado algo significativo? —quiso saber el capitán de policía, con voz seca.

—Sólo la sangre de esa joven americana, señor —informó el agente—. Pero es evidente que ella debió sorprender al ladrón cuando éste salía de esa habitación, tras cometer el robo, y fue atacada para que no pudiese dar la alarma.

—Esa joven de color es una *budoka* notable —explicó acremente el capitán Acosta—.No es fácil que nadie la derribe así como así, sin ella ofrecer resistencia. El ladrón tiene que ser alguien muy peligroso y muy fuerte. Tal vez lleve armas contundentes consigo... o tal vez sea un experto en algún medio de lucha. Sólo eso explicaría tan rápida victoria sobre una mujer como esa americana.

—De él no hay huella alguna, señor. Es como si nadie hubiera pasado por aquí.

—Igual que un fantasma... —meditó Acosta en voz alta—. Ese*cobra* es un personaje muy escurridizo... Bien, ¿ha llegado ya el doctor Graven, el médico forense?

—Sí, señor. Le han llevado adonde dejaron reposando a la joven americana herida. Parece que tal herida es grave, pero no hay nada seguro, mientras el doctor Graven no la examine personalmente, señor.

—¡Bien, vamos allá! —resopló el policía—. Usted, busque por ahí. Yo veré cómo está la muchacha. Piense que es nuestro único posible testigo por ahora. La única persona que ha visto personalmente al ladrón, a La Cobra...

El oficial de *Seguridad* se alejó con paso enérgico, camino de donde Lena Tiger se hallaba provisionalmente hospitalizada, a la espera de la decisión del doctor Graven. Fuera, esperaba ya una ambulancia para conducirla a un hospital.

Antes de llegar al botiquín del hotel, el oficial de *Seguridad* se detuvo. El doctor Graven acababa de asomar por la puerta del

recinto. Venía en mangas de camisa, sudoroso y pálido. Era un hombre delgado, canoso, de edad madura y ojos vivaces tras sus lentes de montura metálica.

—¡Oh, es usted, capitán...! —habló con entonación preocupada.

—Sí, doctor —asintió Acosta, arrugando el ceño—. ¿Y la muchacha? ¿Va a ser trasladada al hospital ya?

—No, capitán —negó lentamente el doctor Graven—. A la Morgue.

—¿Qué? —se quedó el policía rígido, clavando sus ojos estupefactos en el médico.

—Como lo ha oído, señor —suspiró el médico, cansadamente—. Ella...*ella ha muerto,* señor... La herida de su cráneo... era mortal de necesidad. Puede pasar a ver el cadáver si lo desea...

El capitán Acosta tragó saliva. Luego, en silencio, entró en el botiquín, para ver el cuerpo sin vida de Lena Tiger, asesinada por La Cobra...

CAPÍTULO IV

DOS DRAGONES DE ORO

—Muerta... No, no es posible...

La mano sujetaba fuertemente el mensaje recién llegado a través del *telex.* Su texto era como una pesadilla concentrada en pocas líneas de simétrica escritura mecánica. Pero para ellos era más, mucho más que una simple y fría información.

Era una catástrofe dolorosa, increíble.

Volvió a leerlo, mientras parecía ausente, tan lejano como podía estarlo la estación de *telex* que remitía el angustioso mensaje:

«LENA TIGER MUERTA. FUNERALES MAÑANA. AUTOPSIA REVELO M U E R T E POR GOLPE EN BASE DEL CRÁNEO. LESIONES PREVIAS DEBIDAS QUIZÁ A IMPACTO DE *NUNCHAKU* O ARMA PARECIDA. POLICÍA INVESTIGA ASUNTO. PRESUNTO CULPABLE LADRÓN PROFESIONAL LLAMADO LA COBRA.»

«ESPERAMOS NOTICIAS SUYAS. SALUDOS: COMANDANTE ARENAS. SEGURIDAD INTERIOR.»

El papel cayó de entre sus fuertes dedos. Lo recogió su compañero, que también lo examinó en silencio, antes de estrujarlo con ira.

—¡Lena! —mascullό fieramente, con los labios apretados—. ¡Muerta! La han asesinado, Frank...

—Sí, eso parece —asintió lentamente Cole—. Eso parece, Kwan...

Hubo un profundo silencio entre ambos. De repente, en la estancia parecía haberse desplomado una losa de toneladas, aplastando a los dos hombres con su demoledora presión. La palidez era nota predominante, tanto en el rostro occidental, bajo los rubios cabellos, como en el oriental, de rasgos oblicuos y lacio cabello negro.

—No puedo creerlo — jadeó, al fin, KwanShang.

—Yo tampoco —musitó Frank Cole amargamente—. Pero ha ocurrido.

Los dos amigos volvieron a mirarse en silencio. Ambos sabían lo que significaba la trágica noticia para ellos. Era el fin de una época, de una hermandad entrañable, hecha de mutua lealtad, espíritu de sacrificio, generosidad y heroísmo. Era, además, el fin de un ser

amado. Frank Cole nunca quería admitir que podía amar a una mujer, quizá porque prefería pensar solamente en su obra, en la tarea que había emprendido un día jurando ayudar a quien lo necesitara, poniendo sus conocimientos de toda clase de técnicas de lucha oriental al servicio de la justicia y del bien. Elio había sucedido aquel día en que el Destino les puso a los tres en un mismo camino, cruzándose sus respectivas sendas y uniéndose en la tarea común.

Así nacieron los *Tres Dragones de Oro.* Tres *budokas*excepcionales, capaces cada uno de ellos, unidos o por separado, de enfrentarse a los mayores peligros y riesgos, a lo largo y ancho del mundo.

Una inmensa fortuna, oculta en un perdido confín de Asia, había llegado a sus manos una vez, para financiar su empresa, a la que juraron dedicarse totalmente, con olvido de todo lo demás.

Y así había sido hasta ahora. Súbitamente, Frank Cole sabía que no podría seguir siendo el mismo sin Lena, la bella, audaz y maravillosa muchacha de color con quien compartiera tantas peripecias y situaciones peligrosas. Lena era algo más que el tercer miembro del grupo. Lo era mucho más, al menos para él. Sabía que, pese a su aparente indiferencia amorosa, sentía algo por ella, Algo muy especial. Algo que, quizá también Lena sentía por él.

KwanShang era otro caso diferente. Él no amaba a Lena. Pero la quería como si fuese su propia hermana. Su rostro oriental, habitualmente inmutable, revelaba ahora una rara angustia, una depresión total, como si todo se hubiera derrumbado súbitamente en torno suyo.

—Si al menos hubiese habido una leve esperanza... —susurró de pronto Kwan—. Pero no es posible. No la hay, Frank.

—No puede haberla. Le han hecho la autopsia, incluso. Eso nos prueba que no existe el menor resquicio, Kwan. La mataron. Sólo nos queda ir allí, asistir a su funeral...

—¿Dónde es, Frank? Ni siquiera he mirado el origen de ese *telex...*

—Un país centroamericano, en el trópico: Costa Verde. El *telex* está fechado en su capital, Bahiamar.

—No es un país importante ni grande.

—No, no lo es.

—¿Qué hacía Lena allí?

—No lo sé. Sólo conozco lo mismo que tú: ese mensaje grabado que nos dejó Lena antes de partir, en ausencia nuestra. Si hubiéramos estado entonces aquí... Tal vez ella no hubiera ido sola, y esto no sucedería ahora.

—Es inútil volver la vista atrás, Frank —sentenció Kwan, siempre con el fatalismo propio de su raza—. Ya no podemos cambiar los hechos. Nada de lo sucedido puede alterarse, desgraciadamente. La

vida y la muerte dependen de un instante que ya no se repite. El destino de una persona, puede estar escrito o no. Pero sólo uno mismo puede cambiarlo llegado el momento. Después... ya es tarde para todo. Especialmente, para volver a la vida. Nadie regresa de entre los muertos, Frank.

—Es cierto... Lena dice que tenía un asunto familiar en Costa Verde, algo de la mayor trascendencia para ella. Avisa a la Agencia de Información que trabaja para nosotros. Pide informes sobre Lena Tiger y su pasado, en relación con alguien que pueda residir en Costa Verde. Con carácter de máxima urgencia. Y telefonea a las Aerolíneas de Costa Verde. Tienen un servicio diario bastante amplio con Estados Unidos, a través de Florida. Iremos hacia allá inmediatamente, Que nos remitan los informes familiares de Lena, si los hay, a Miami. Y encarga que nos esperen allí dos pasajes para Bahiamar, a cualquier, precio, para el vuelo primero de esta noche. Tenemos que estar mañana a primera hora en Costa Verde, para asistir al funeral. Es todo, Kwan.

Tras decir esto, hundió la cabeza sobre su pecho. El joven chino no quiso interrumpir sus meditaciones, evidentemente sombrías. En silencio, con paso sigiloso para no alterar el momento de hermetismo de su amigo, abandonó la estancia para transmitir los mensajes de urgencia desde otra estancia.

Dos horas después, un vuelo especial San Francisco— Miami, partía con los dos *budokas* a bordo. Era un avión fletado por el propio Cole, ante la ausencia de vuelos inmediatos a Miami. Allí enlazarían con el vuelo nocturno Miami-Bahiamar, en el que habían obtenido dos plazas a base de una compensación económica muy elevada a una pareja de turistas que acudían al paradisíaco país centroamericano, para asistir a la elección de Miss Trópico y a las fiestas tradicionales de aquel Estado.

Frank Cole no consideraba estérilmente gastado aquel dinero de los fondos que una secta oriental le concediera en su primera aventura para defender los derechos de los humildes y los fracasados, de los indefensos y de los desheredados. Después de todo, Lena Tiger se merecía un último tributo antes de ser sepultada en Bahiamar. Ese tributo era el de ir a su inhumación.

En ningún momento pensó Frank en el traslado del cadáver de la muchacha de color a su país natal. Recordó las palabras que la propia Lena le mencionara una vez, al respecto:

—Frank, si un día muero antes que vosotros... deja que repose en la misma tierra del lugar donde hallé la muerte. Es el espíritu el que cuenta, y ése, repose donde repose mi cuerpo, estará siempre con vosotros. Especialmente contigo...

—Te lo prometo, Lena —había respondido Frank—. ¿Por qué lo

quieres así?

—Porque el mundo es hermoso, y cualquiera de sus rincones es válido para volver al lugar de donde venimos. La Tierra toda es nuestra patria y nuestro suelo. ¿Qué importa el sitio donde uno reposa? Si la Muerte llegó a ése, precisamente, que sea allí donde uno, sin más protocolos ni desplazamientos, descienda al fondo de la fosa, Frank.

Era la idea de Lena. Y para él, era válida. Cumpliría su promesa. Lena Tiger reposaría por una eternidad entre verdes palmeras, arena dorada y aguas azules, bajo el cielo del trópico. Había sido su deseo. Y había que cumplirlo.

* * *

Era un cementerio pequeño y apacible.

No quedaba lejos de la costa. Antes al contrario, desde su interior se podía escuchar el rumor del oleaje, el sonido de las rompientes, donde se estrellaban las olas, y el chillido agrio de las gaviotas.

Más allá de las cercas blancas del camposanto, hileras de palmeras separaban el lugar de los senderos que conducían a las idílicas playas tropicales. Al otro lado, eran visibles las altas edificaciones modernas de la zona residencial de Bahiamar.

No había mucha gente en el funeral. Aun así, Frank se sorprendió de ver a personas que desconocía totalmente. Un hombre alto, rubio, vestido de *beige* claro, iba acompañado de un pequeño japonés de gafas de gruesos cristales e indumentaria también tropical con sombrero de paja sobre sus grasientos cabellos oscuros.

Más allá descubrió a dos mujeres con velos tenues, de color humo, cubriendo sus rostros, y negras ropas, cumpliendo el ritual del país, sobre el luto en las mujeres. Aún quedaban otras personas. Un recio, fornido hombretón de aspecto teutón, grueso cuello y pelo dorado, cortado a cepillo, impecablemente vestido, enjugándose frecuentemente el sudor, y en compañía de una dama de cabellos canosos, con aire de aristócrata o, cuando menos, de mujer muy rica.

Completando la asistencia al cementerio, vio Frank a dos hombres uniformados de verde oscuro, con el distintivo de la Policía Militar de Costa Verde. Uno ostentaba emblemas de capitán. El otro, era un simple sargento. Ambos mantenían una rígida actitud castrense ante el féretro y la fosa donde iba a ir a parar aquél en breve. Un sacerdote católico presidía la ceremonia.

Las miradas de casi todos los presentes convergieron en Frank Cole y KwanShang, apenas ambos jóvenes hicieron su tardía entrada en el cementerio, casi sin aliento tras la veloz carrera emprendida

desde el aeropuerto hasta allí, cuando el avión tomó tierra con las primeras luces del alba.

La ceremonia fúnebre era muy madrugadora, y cuando supieron en Bahiamar que la inhumación de los restos mortales de Lena Tiger iba a tener lugar a las siete en punto, tuvieron que apresurar al taxista que allí les condujo, gracias a una generosa propina que compensó las tres multas de tráfico impuestas al conductor durante el camino.

Llegaron junto a la fosa. Sus ojos se clavaron, doloridos, en la oblonga caja de madera de roble provista de un crucifijo dorado. Allí dentro, para siempre, yacía la persona llena de vida y de energía que ellos conocieron y trataron durante su vida en común a través de todos los rincones del mundo. Una contracción dolorosa se produjo en sus cuerpos. Parpadeó Kwan. Apretó Frank los labios, crispado. Sus puños se cerraron. Durante un fugaz instante, un odio instintivo inundó su cuerpo.

Se asustó. No quería sentir algo así. No encajaba en su modo de ser y de obrar. Nunca odios ni rencores hacia nadie. Siempre sereno, dueño de sí, siempre capaz de comprender y perdonar, de ser noble y leal con los demás.

Eso es lo que le había enseñado su disciplina de *budoka.* Pero era tan difícil a veces.

Tan difícil ahora...

—Perdone. ¿Es usted el señor Cole, Frank Cole?

Levantó los ojos. Sus aceradas pupilas se clavaron, frías, en el hombre uniformado que le preguntaba, tras aproximarse a él, Asintió despacio.

—Sí —dijo—. Soy Frank Cole. ¿Cómo supo...?

—Y su acompañante debe ser KwanShang —sonrió débilmente el otro—. Perdone que le moleste en estos momentos. Imagino lo que sentirán. Soy el capitán Acosta, de *Seguridad Nacional.* No fue difícil averiguar la identidad de los mejores amigos de Lena Tiger. Lamento que todo sucediera así...

—Pero sucedió —Frank fue áspero aun sin quererlo—. ¿No se pudo evitar, capitán?

—No, no pudo ser —el oficial le contempló, pensativo, grave—. Su joven amiga sorprendió a un ladrón y asesino peligroso. Eso firmó su sentencia de muerte.

—Ella era muy diestra en la lucha. No se hubiera dejado sorprender fácilmente.

—Pues la sorprendieron. Él es muy poderoso. Y no conoce la piedad.

—¿Él? ¿Se refiere a... La Cobra?

—Sí, eso es: La Cobra... Un ser escurridizo y cruel como pocos. Daria algo por capturarle o matarle. Mi Gobierno tiene puesta a precio

su cabeza. Pero la tarea no es sencilla. Ni siquiera conocemos su verdadera identidad. Nadie le ha visto cara a cara... excepto su amiga Lena Tiger. Y ya ve cómo pagó esa malhadada circunstancia.

—Con la vida —Frank miró fijamente el féretro, que iba a ser depositado en el fondo de la fosa—. Dios la acoja en su seno...

Dos empleados del cementerio, tras la bendición sacerdotal, se dispusieron a descender la caja al fondo de la fosa. Frank miró por encima del hombro del policía. Vio a los dos personajes bien vestidos, la pareja madura. La voz del policía le informó, como si él hubiera visto desde su nuca adónde dirigía la mirada:

—Son herr Hans Dietrich y su esposa. Un banquero muy rico, miembro de la comisión financiera que negocia la ayuda económica a mí país... Fueron robados y expoliados por La Cobra cuando su amiga chocó con el ladrón...

—Entiendo —la mirada de Frank pasó a las dos mujeres enlutadas —. ¿Y ellas...?

—¿No lo imagina? Creí que sabía a lo que vino su joven amiga, a Costa Verde.

—Lo supe esta misma noche, en Miami —informó Frank, secamente—. Una hermana suya reside en este país. No supe nada de ella. Lena no hablaba de su hermana.

—Pues ahí la tiene. La señora Elizabeth de Orlando, viuda de Raúl de Orlando, un político y financiero de nuestro país, muerto hace poco tiempo en un accidente. La acompaña una doncella. Más allá, verá a un joven rubio, americano como usted. Es un periodista que parece ser trató brevemente a Lena Tiger en el hotel, la misma noche de su muerte... Se llama Charles Norton y escribe para el *World News.* Ha estado muchos años en el extranjero, como corresponsal: Tokio, Vietnam... Le acompaña un amigo suyo japonés, YokoHamura, técnico industrial residente en nuestro país. Como ve, su amiga no está sola, a pesar de hallarse en un país extraño. Los humanos tenemos, a veces, más solidaridad de lo que parece.

—¿Por qué vino a ver a su hermana, capitán? ¿Lo ha averiguado? —indagó Frank, mientras unas cuerdas eran pasadas bajo el ataúd, para bajarlo a la fosa definitivamente.

—No. Imagino que ambas querían verse. No es correcto andar interrogando, ahora, a esa dama...

—Me han informado de que hubo un atentado contra Lena Tiger en el aeropuerto, a su llegada —apuntó de repente Frank, con voz seca.

—Vaya, veo que usted también está bien informado —sonrió cansadamente el oficial de policía—. Es cierto. Tuvimos que matar a esos hombres, por lo que ignoramos las causas de su acción. La teoría oficial es que eran terroristas interesados en alterar el orden en

nuestro país, provocando una serie de muertes entre turistas americanos, para desprestigiarnos ante el mundo.

—Es sólo una teoría, naturalmente.

—Naturalmente —los ojos del capitán Acosta se clavaron, agudos, en Frank, aunque no comentó nada más. Miró a la fosa—. ¿Deseo algo, antes de dar tierra sagrada a su infortunada amiga?

—No, gracias —suspiró Cole lentamente—. Está bien así. Después de todo, ya nada se resuelve torturándose con lo ocurrido. No podemos devolverle la vida. Sólo intentar hacer justicia en su asesino.

—Eso es tarea *nuestra,* señor Cole, no suya, por muy justiciero que se crea —le advirtió, con sequedad, el oficial de policía.

Frank no pestañeó. No dijo nada. KwanShang se había aproximado a la sepultura. Tomó un puñado de tierra para echarlo sobre la tapa del ataúd cuando descendiera al fondo. Frank dio unos pasos tras él, en la misma dirección.

Una de las mujeres enlutadas, inclinó la cabeza. Sus manos desaparecieron bajo el velo, con un pañuelo arrugado. Su acompañante la sostuvo para que no desfalleciera. Los ojos de Cole estaban fijos en el ataúd. No supo lo que ocurría. Pero de repente, vio caer a sus pies el objeto.

Miró en derredor, sorprendido. El objeto yacía en la tierra blanda. Era un botón, al parecer. Al menos, esa forma tenía. Nadie parecía haberlo arrojado, pero no había llovido del cielo. El capitán Acosta, mirando a la fosa, no había advertido nada, al parecer.

Frank se inclinó. Recogió rápidamente el objeto en su mano. No era un botón, sino un pequeño disco de plástico verde. Liso por un lado. Por el otro, descubrió una figura grabada.

Una serpiente cobra.

Iba a estrujar con furia la pieza entre sus dedos, cuando descubrió las letras bordeando la figura de la cobra. Habían sido escritas minuciosamente, en caracteres orientales.

Era letra nipona. Un texto breve, en japonés, que difícilmente hubiera entendido nadie en aquel cementerio, excepto él, KwanShang... y naturalmente, supuso, el menudo japonés que acompañaba al periodista americano.

Su texto le dejó confuso:

«No maté a la mujer. Compruébelo.»

Eso era todo. Frank cerró los dedos, ocultando la ficha cuando el oficial de policía se volvía lentamente hacia él, y el féretro era izado por los dos sepultureros, para hacerlo descender al fondo.

Un texto en japonés. Un mensaje con la figura de una cobra...

Y una afirmación sorprendente, absurda: «no maté a la mujer». Luego, aquella palabra inexplicable: «compruébelo».

Frank levantó bruscamente el brazo. El capitán Acosta le miró con sorpresa.

—Un momento —dijo en voz alta—. Deseo algo que prometí, una vez, a Lena Tiger, si ella moría antes que yo.

Los sepultureros se detuvieron, mirándole perplejos. El sacerdote giró la cabeza, intrigado. El policía enarcó las cejas.

—Creí que no quería nada más —apuntó, hosco.

—Acabo de recordarlo —KwanShang le estaba mirando con gesto de sorpresa evidente, mientras él hablaba—. Una promesa debe cumplirse siempre.

—Está bien, ¿cuál es esa promesa? —se impacientó el oficial.

—Verla por última vez —dijo Frank, escueto, haciendo pestañear, atónito, a Kwan.

—¿Verla...? —la petición disgustó evidentemente a Acosta—. ¿Cómo no lo recordó antes?

—Ya sabe lo que ocurre en estos casos. Uno piensa en muchas cosas... pero no en todas. Aún estoy confuso, aturdido... Será sólo un momento. Verla y cerrar de nuevo la tapa.

—Está bien —resopló el policía—. Eso es perfectamente legal, siempre que la hermana de la difunta no se oponga.

Frank Cole caminó hacia las damas enlutadas. Se inclinó, cortés, ante la que parecía más afectada. Observó que los brazos de ésta eran del color canela de la piel de Lena. La otra, aunque era evidentemente una mujer morena, era más blanca, mucho más.

—Ya ha oído, señora de Orlando —dijo, escueto—. Necesito ver a Lena. Es una antigua promesa. ¿Puedo hacerlo? Será sólo un momento. Dos segundos. Nosotros fuimos sus mejores amigos.

—Lo... lo sé —musitó la voz, tras el velo—. Puede hacerlo. Pero por favor, que sea pronto. Yo... prefiero no verla ya.

—Lo comprendo, señora. Gracias —Frank se volvió a los sepultureros—. ¡Adelante!

Estos no obedecieron enseguida. Buscaron con la mirada al capitán Acosta. Este tenía el ceño fruncido. Asintió de mala gana, ordenando:

—Ya lo oyeron. Abran el féretro.

Se depositó de nuevo el ataúd al borde de la fosa. Empezaron a desatornillar la tapa. La ceremonia se realizó en medio de un profundo silencio. El aire tropical, cálido y húmedo, agitaba las palmeras en torno, suave y mansamente. Un olor a salitre y yodo llegó hasta ellos.

La tapa crujió, al levantarse. KwanShang avanzó con cierta aprensión. Frank lo hizo resueltamente, hasta inclinarse sobre el féretro, que acababa de revelar el cuerpo inmóvil de la mujer mulata que yacía sobre su fondo de raso púrpura.

Apenas si permaneció dos segundos inclinado sobre el ataúd. Luego, Cole se incorporó, pálido y tenso. Hizo un gesto a los sepultureros.

—Ya está —dijo—. Pueden cerrarlo.

Se volvió lentamente al capitán Acosta y a la señora de Orlando. KwanShang acababa de ver el cadáver. Estaba lívido.

—¿Satisfecho, señor Cole? —dijo el capitán, haciendo un gesto de que terminase de una vez la ceremonia fúnebre.

—Sí —dijo lentamente Frank. Clavó sus ojos acerados en el policía —. Muy satisfecho, capitán. Ese cadáver...*NO ES* el de Lena Tiger. Esa es *otra* mujer de color, pero no ella.

CAPÍTULO V

LO INEXPLICABLE

El automóvil emitía el estridente sonido de la sirena, mientras devoraba el asfalto a través de las zonas más modernas de la ciudad tropical, salpicada de jardines, zonas de césped, palmeras cimbreantes y blancos edificios encristalados, la mayoría de los cuales eran residencias, apartamentos y hoteles de lujo, alineados frente a las doradas playas.

Los rostros tensos de los hombres uniformados, revelaban una gravedad extrema y una ostensible preocupación. Tras ellos, Frank y el joven chino miraban hacia el exterior, viendo desfilar los edificios sin hacerles demasiado caso, ni fijarse en la belleza evidente de aquella ciudad donde se mezclaban la tradición hispánica de los viejos barrios con el modernismo y esplendor de los nuevos barrios residenciales y comerciales.

—¿Qué está pensando, señor Cole? —la pregunta le llegó desde el asiento inmediato al conductor, procedente del severo y ensombrecido capitán Acosta.

—Tal vez lo mismo que usted —dijo Cole, secamente—. Algo no marcha bien en todo esto. ¿Qué juego es el que están desarrollando con un cadáver que no corresponde a la persona presuntamente muerta, y todo lo demás?

—No lo sé —confesó el policía, con frialdad—. Imaginé que usted sí tendría alguna idea al respecto, puesto que hizo abrir ese ataúd justo a tiempo.

—Fue una antigua promesa, ya se lo dije —mintió, con aspereza, Cole—. No pude suponer nunca que la muerte de Lena Tiger fuese mentira.

—Tal vez no lo sea, después de todo. No pretendo romper sus renovadas esperanzas, pero alguien pudo cambiar los cuerpos por alguna oculta razón, simplemente.

—Eso tampoco está nada claro. No obstante, ¿por qué lo harían? No tiene sentido, capitán. Quiero pensar que, pese a todo, ella sigue con vida.

—Las cosas que se desean, no siempre son como uno quiere.

—Es usted optimista, ¿eh, capitán? —gruñó KwanShang, desde su asiento, recostado indolentemente en el fondo del coche oficial.

—Mi oficio me enseñó a no serlo nunca con exceso. Deseo, como

ustedes, que esa joven esté viva. Sería un testigo muy importante para saber algo de ese maldito Cobra al que ella vio, pero... me temo que mis deseos no sean fáciles de ver cumplidos. Recuerda que existe un certificado de defunción. Y una autopsia.

—Esa mujer que reposaba en el féretro, había sufrido una autopsia —señaló Cole—. Usted mismo vio los cortes del bisturí. Puede haber sido la falsa Lena Tiger.

—El doctor Craven es un médico honesto. Es americano, y lleva diez años residiendo en Costa Verde. No pudo cometer un fraude semejante —señaló Acosta, ceñudo.

—Pues yo insisto en que lo cometió, aunque ignore la razón. ¿Usted vio el cadáver de Lena Tiger, según me dijo?

—Lo vi, sí —asintió Acosta—. Sé que no era la misma mujer que hoy estaba en ese ataúd. Pero juraría que ella estaba muerta, en el botiquín del hotel, antes de ser conducida a la Morgue.

—Nada más fácil, para un médico, que inyectar algo a una persona, para hacerla aparecer muerta durante un corto espacio de tiempo. Luego, en la mismo Morgue, debió efectuar el cambio.

—Ya veo adónde va a parar. Usted sospecha que su amiga fue... secuestrada.

—Es una posibilidad —asintió Cole.

—¿Por qué haría nadie algo así? Sólo La Cobra tendría interés en raptarla... aunque lo lógico sería deshacerse de ella, si puede declarar contra él.

Cole no reveló el mensaje que había recibido, al parecer firmado por aquel desconcertante personaje llamado La Cobra. Estaba pensando algo, que ahora manifestó en voz alta:

—No entiendo lo que sucede, capitán. Desconozco este país y sus problemas.

—Aquí no tenemos problemas —cortó, secamente, el policía—. Y los que tenemos, los resolvemos siempre nosotros mismos. Ahora, fue su amiga la que provocó problemas al llegar. Y es una extranjera. O lo era, claro está...

—Sea como sea, ella vio a La Cobra. Fue herida por éste, y el doctor Craven la examinó, declarando que estaba muerta. Ahí empieza el misterio. ¿Murió Leña? ¿Estaba solamente herida y ha sido escondida en alguna parte? ¿Han cambiado ese cadáver para hacer creer a todos que ella murió, realmente? ¿Y quién es la mujer que ocupa el féretro?

—Eso lo averiguaremos enseguida. En cuanto al doctor Craven... tiene usted razón, señor Cole. Para ello vamos ahora a la Morgue. Tiene que aclarar muchas cosas, antes de pasar a otras investigaciones.

—¿Puedo ayudarle en su tarea, capitán? —se ofreció Frank.

—No nos gustan los detectives aficionados, señor Cole, a los que tan inclinados parecen ustedes, los norteamericanos, al menos en sus películas y en sus novelas —fue la áspera réplica de Acosta—. De todos modos, teniendo en cuenta su personalidad y su relación con esa joven, muerta o desaparecida, le permitiré que coopere, siempre que no intente actuar por propia cuenta o nos oculte pruebas a las autoridades oficiales del país. ¿Está claro eso?

—Como la luz del día —asintió Frank, pensativo—. No tema. No le crearé problemas.

—¡Eso, seguro! —rio el policía militar, con cierto tono amenazador —. Yo no tolero más problemas de los imprescindibles. Es una norma que me permite seguir en mi puesto sin conflictos con mis superiores. Bien, ya hemos llegado. Ese es el Hospital Central de Bahiamar.

Y la planta baja, es el acceso a los sótanos donde se halla el depósito de cadáveres...

El coche penetró en un patio con aparcamiento oficial, sin dejar de hacer sonar su sirena. Detuvo el vehículo en la zona reservada a autoridades con preferencia, y saltaron del vehículo con rapidez. El oficial se puso al frente del grupo, con Frank Cole pegado a él.

Descendieron por una rampa, a un recinto subterráneo que olía a humedad y tenía una atmósfera sepulcral, donde tal vez también el más tenue y sutil olor de la muerte flotaba en el ambiente, como un vaho maléfico y triste.

Luces fluorescentes, allá al fondo, señalaban el emplazamiento de las salas destinadas a almacenamiento de difuntos, autopsias y demás diligencias forenses relativas a las muertes violentas, o poco claras, que tuvieran lugar en la bella ciudad del país tropical.

Llegaron ante un conserje que, al ver al oficial de la Policía Militar, se puso de diez colores sucesivos, se cuadró militarmente, como si fuese un cuartel, y terminó por mostrar con dedo tembloroso las dependencias destinadas a autopsias.

—El doctor Craven está ahora allí —informó, confuso—. Lleva más de dos horas trabajando en unas autopsias, señor... ¿Quiere que le avise?

—No replicó el policía—. Yo entraré a verle. Vamos, Cole. El doctor Craven va a tener con nosotros una amplia charla...

Sin más explicaciones, paso el oficial de Seguridad a las dependencias forenses, seguido por su subordinado y por los dos jóvenes *budokas* de San Francisco.

El inconfundible olor a desinfectantes, especialmente a ácido fénico, invadió el olfato de Cole y de Kwan, mientras seguían al policía por las asépticas dependencias, bajo la lívida luz azul, helada y lúgubre como todo el frío recinto de los muertos.

Un amplio frigorífico por compartimentos, denunciaba la

modernidad de las instalaciones. Paneles de vidrio esmerilado, separaban unas dependencias de otras. El depósito de cadáveres no despertó ningún interés en Acosta, que abrió con brusquedad una puerta vidriera que comunicaba con el recinto destinado propiamente a las autopsias, y comenzó a hablar con aspereza:

—Doctor Craven, tenemos que aclarar con usted algunas cosas que están muy poco claras, en relación con la defunción de Lena Tiger, por usted certificada, y...

Se interrumpió el capitán, soltando una imprecación. Alterado su moreno y hosco semblante, se volvió hacia Frank Cole, añadiendo con voz ronca:

—¡Cielos! ¿Ve usted *eso*?

Frank se asomó, lo mismo que KwanShang, al interior del departamento, sobre una de cuyas mesas de mármol, reposaba un cuerpo inmóvil, color cera, medio abierto por su frente con el bisturí.

El doctor Craven estaba también allí, junto al cuerpo cuya autopsia iniciara. Pero si el capitán Acosta esperaba obtener de él alguna información, podía ir abandonando definitivamente su idea.

Porque el médico forense, inclinado sobre la mesa de su tarea profesional, mostraba un rostro crispado por el horror, con los ojos desorbitados y la expresión de agonía propia de un hombre a quien han clavado su propio bisturí, brutalmente, en plena garganta. Naturalmente, estaba muerto.

* * *

—¿Qué está sucediendo aquí, Frank?

—No lo sé, Kwan. Pero es algo que no entiendo y, por lo tanto, no puede ser nada bueno. Está demasiado oscuro y complicado todo. Lena es atacada por unos pistoleros en el aeropuerto, sin motivo aparente; pistoleros a los que ella reduce, y luego la policía da caza implacablemente, cosiéndolos a balazos. Luego, un ladrón de hoteles, de altos vuelos, llamado La Cobra, golpea y hiere a Lena, advirtiendo antes de huir que ella no está muerta, ni siquiera gravemente herida. Lena es dada oficialmente por muerta por el forense, el doctor Craven, y desaparece de la escena. Se hace la autopsia a otro cuerpo, tras drogar sin duda a Lena para que parezca muerta a ojos de las autoridades locales, y se pretende sepultar a esa otra mujer de color, como si fuese nuestra amiga. Posteriormente, el doctor Craven, la única persona que podía razonablemente explicarnos la mayor parte de ese galimatías, aparece muerto, asesinado con su propio bisturí, dentro de las dependencias de la Morgue, mientras efectuaba una autopsia rutinaria. ¿Todo eso tiene algún sentido?

—Francamente, ninguno. ¿Qué piensas hacer, Frank?

—Cualquier cosa, menos dejar a Lena en el atolladero. Suceda lo que suceda, ella está en alguna parte, viva o muerta. Y hemos de encontrarla, cueste lo que cueste,

—Es un mal lugar éste para obrar por cuenta propia, ¿no lo has notado? —avisó Kwan pensativo—. El régimen político del general Velasco no es precisamente blando. Su Policía Militar obra con dureza y no tolera intromisiones en su trabajo. Están en un momento delicado ante los ojos del mundo, a causa de ese crédito que tanto necesitan para salvar su crisis interna. Por otro lado, La Cobra ha robado a uno de los financieros precisamente, y eso complica más aún las cosas para el Gobierno, que tendrá que demostrar, de alguna forma, a los banqueros internacionales, que su régimen tiene autoridad y controla la situación. En caso contrario, el ansiado crédito podría volar, dejando en muy precaria situación a Costa Verde.

—He notado todo eso, Kwan. Sé que es difícil moverse en un país pequeño, con un sistema de gobierno autoritario, acosado por problemas económicos y políticos. Pero hay que afrontar todo eso como parte del problema. Lena es nuestro objetivo. En cuanto ella aparezca, sana y salva, nos iremos con ella de este país, sin esperar a más.

—¿No intentarás averiguar por qué mataron al doctor Craven, ni qué quería de Lena su hermana, Elizabeth de Orlando?

—Eso, amigo mío... —los ojos de Frank brillaron con cierta frialdad —. Eso, vamos a averiguarlo enseguida, aunque se hunda el mundo. La primera persona a quien voy a visitar en esta ciudad, les guste o no a los agentes del general Velasco, es precisamente... a la hermana de Lena.

Y había una determinación rotunda en el firme rostro anguloso de Frank Cole cuando habló de ese modo.

* * *

—Como ve, no hay ningún obstáculo, señor Cole, en recibirle en mi casa...

Frank asintió lentamente, su mirada fija en la dama de piel broncínea, levemente oscura, como la epidermis de su hermana Lena Tiger, mientras se acomodaba frente a ella, en el jardín apacible, fresco y de rumoroso chorro de agua en su fuente central, típicamente español en su trazado y estilo. Las altas palmeras y las anchas cornisas, prestaban una sombra grata al lugar, en contraste con el fuerte sol de la tarde, que lucía allá, fuera de los muros de blanco encalado y brillantes baldosines de color.

Se había despojado Bessie de Orlando de su luto, y ahora lucía un atavío blanco, que contrastaba con su piel oscura y suave como una fruta tropical color café. Su rostro joven, algo mayor que el de Lena, mostraba una belleza diferente, más serena y fría, quizá menos seductora también, pese a su bien formado cuerpo. Bajo la seda blanca, era claro que sus firmes pechos no lucían cobertura alguna, y sus pezones dibujaban su dureza contra el tejido.

—En efecto —suspiró Cole—. Celebro, también, que no tenga que vestir luto porLena...

—Al menos, *todavía* no —dijo ella, con una dulce tristeza—. Confío en que jamás sea preciso llevarlo. ¿Cree que mi hermana está viva aún?

—Lo que yo crea, cuenta poco a la hora de la verdad, señora —miró en derredor, y sus ojos se perdieron en las celosías de los altos muros blancos, hasta el rojo tejado de la casa de estilo español—. Vive usted muy bien, señora.

—No puedo quejarme. Mi esposo me dejó una posición saneada. Esto era todo suyo.

—Tengo entendido que era un político importante, aquí.

—Y un financiero —añadió ella.

—¿Leal al general Velasco?

—Todos somos leales al general —dijo ella, tras una leve vacilación apenas perceptible—. Raúl lo era igualmente. Fue muy sentida su muerte.

—¿Hace mucho de ella?

—Casi un año.

—¿Un accidente, oí decir...?

—Eso es. Un accidente —movió afirmativamente su cabeza la bella mulata—. Un desgraciado accidente que terminó con su vida todavía joven...

Inclinó la cabeza, como si le doliera profundamente tratar ese tema. Frank Cole esperó un instante, antes de abordarla de nuevo sobre ese tema:

—¿Qué clase de accidente, con exactitud? Nadie me lo ha mencionado aún...

—Teníamos un yate. No muy grande, pero muy bello. Raúl salió con él a alta mar. Hubo un incendio a bordo, y estalló el depósito de combustible. Pereció en la explosión. Hallamos su cuerpo muy mutilado, aunque aún reconocible... —respiró hondo, clavando sus oscuros ojos en Frank—. ¿Hace falta volver a recordar todo eso, señor Cole? ¿Tiene algo que ver, ahora, con lo sucedido a Lena, mi hermana?

—No lo sé. Ella acudió a su llamada, señora, porque usted solicitó su ayuda urgente. Nos consta eso, porque Lena nos dejó un mensaje

antes de ausentarse.

Si la dama de color pensaba negar algo, no lo hizo ante el modo de enfocar— Frank el tema. Se limitó a suspirar, afirmando lentamente con su rizosa cabeza.

—Sí, es cierto —tuvo que admitir—. Yo la llamé. La necesitaba, y mucho. Admito que durante años enteros no me preocupé demasiado de ella. Yo tuve una fortuna distinta a la suya, y cuando quise localizarla, en los tiempos en que ella luchaba duramente por salir de los bajos fondos, me fue imposible dar con su paradero. Luego, me sentí feliz de saber que, finalmente, había encontrado su camino. Y, de repente... ocurrió algo que me hizo pensar en ella como una posible ayuda contra algo, contra alguien...

—¿Contra qué o quién, señora?

—¿Es absolutamente preciso que le diga eso?

—Señora de Orlando, Lena ha desaparecido misteriosamente, después de ser malherida por un ladrón de hoteles. El doctor Craven certificó su muerte y aseguró que reposaba en aquel ataúd, sin ser cierto. Y el propio doctor ha sido hallado apoyado en una mesa de autopsias, junto a un cadáver a medio examinar, con su propio bisturí hincado, por una mano asesina, en su garganta.

—¡Dios mío...! —se estremeció la dama de color, tomando su rostro de piel canela unmatiz ceniciento. Los ojos se dilataron de horror—. ¿Así fueron las cosas?

—Así están las cosas. Y seguimos sin saber dónde está Lena, ahora, viva o muerta. Si usted no nos ayuda, ¿quién podrá hacerlo en Costa Verde, donde ella es solamente una extraña, una forastera más entre miles y miles de turistas?

—Sí, entiendo —Bessie, afirmó, despacio—. Veo que es inevitable...

—¿Tanto teme revelar lo que sucede y que le impulsó a pedir ayuda a su hermana?

—Sí, lo terno. En realidad, tengo miedo, señor Cole. Mucho miedo.

—¿A qué; a quién?

—Es largo de contar. Pero sepa que yo misma estoy, ahora, en peligro. Peligro de muerte, sin duda alguna...

—¿Por qué motivo? ¿Tan grave es su situación real, señora, siendo la viuda de un importante ciudadano?

—Es peor, mucho peor de cuanto pueda imaginar, señor Cole. Hay alguien, en Bahiamar, que desea mi muerte.

—¿Sabe quién es?

—No. No sé nada de nada. Pero me han telefoneado muchas veces, musitando amenazas de muerte con voz extraña. Luego, colgaban indefectiblemente.

—Pueden ser bromas de mal gusto de algún maníaco...

—Eso fue al principio. Luego, las cosas se hicieron más concretas. En dos ocasiones, estuve a punto de morir. Mi coche sufrió una inexplicable rotura de frenos, de la que me salvé milagrosamente, y en otra ocasión, una de las cornisas de este jardín se desprendió cayendo donde yo habitualmente me sentaba, en esta silla de mimbre, todas las tardes, al caer el sol. Esa tarde, casualmente, había tenido que subir a mis habitaciones a buscar algo, y me libré de puro milagro.

—¿Todo eso ha sucedido después de morir su esposo?

—Sí, todo ello. Últimamente, ocurrió algo que me hizo pensar en Lena, y la llamé en mi auxilio.

—¿Y ese algo fue...?

—Otra llamada telefónica. Esta vez, la misma ronca voz me dijo que si insistía en no entregar lo que no era mío, moriría sin remedio. Colgaron inmediatamente.

Yal otro día, una araña venenosa del trópico se introdujo en mi dormitorio. Pude matarla, pero descubrimos que alguien había estado en la terraza, justo al lado del único orificio por donde pudo ser introducida aquella especie altamente venenosa, cuya mordedura me hubiese causado una rápida y dolorosa muerte. ¿Se da cuenta, ahora, señor Cole, de mis terrores?

—Me doy cuenta de ello, sí. Pero sin ver la razón.

—Yo tampoco.

—¿Cómo? ¿No sabe por qué sucede todo ello? ¿Ni siquiera tiene una leve sospecha?

—Nada. Sé todo lo que le dije. Y nada más.

—Usted mencionó que «si no entregaba lo que no era suyo, moriría sin remedio». Esas parece que fueron las palabras de su anónimo comunicante, ¿no?

—Sí, eso es. Si no fueron exactamente ésas, se le parecían mucho.

—Lo cual quiere decir que usted tiene *algo* que pertenece a otra persona.

Si es así, lo ignoro totalmente. Nunca quité nada a nadie.

¿Pudo ser algo que su esposo le legó?

—Quizá, Pero si es así, yo lo ignoro totalmente. Y nadie me lo ha aclarado ni han detallado más. Parece como si dieran por sentado que yo *sé* de qué se trata—

—Singular serie de acontecimientos. Ninguno tiene sentido aún —meditó Frank en voz alta, incorporándose. Miró fijamente a la señora de Orlando, y añadió, inesperadamente—: ¿Puede ser La Cobra su enemigo, señora?

Ella se sobresaltó. Alzó sus ojos sorprendidos y miró al joven *budoka.*

—¿La Cobra? —repitió, extrañada—. ¡Oh, no! ¿Por qué?

En ese momento, apareció en el jardín la joven de negros cabellos, tez morena y ojos oscuros y profundos, que abriera la puerta de la casa a Frank Cole. Miró a su señora y le comunicó, respetuosa:

—La llaman de Seguridad Interior, señora. Es el comandante Arenas, en persona. Desea hablar con usted, ahora mismo, a ser posible.

—¡Gracias, Amanda! —suspiró la dama, incorporándose—. Dirigió una leve sonrisa a Cole y le tendió su mano—. Siento no haberle podido ser de más utilidad. ¿Puede disculparme, ahora? Tal vez tengan que hacerme más preguntas sobre lo que sucede...

—¡Claro, señora! —asintió Cole, ceremonioso—. De todos modos, ha sido un placer.

—Por favor, señor Cole: encuentre a Lena, se lo ruego —musitó ella; antes de ausentarse del jardín—. Encuéntrela... viva, si es posible.

—Es lo que estoy intentando —dijo él, mientras ella desaparecía. Luego, miró a la doncella y añadió—: Bien, creo que es el momento de ausentarse. Aquí no tengo ya mucho por hacer...

—Señor Cole, ¿le ha dicho la señora que Lena Tiger llamó por teléfono la misma noche de su desaparición, anunciando su inmediata visita a esta casa?

—No —parpadeó Frank, sorprendido—. Bueno, lo cierto es que no se lo pregunté tampoco. ¿Eso sucedió muy poco antes de que ocurriesen los sucesos del hotel Paraíso?

—Por lo que he calculado, justamente unos minutos antes, muy pocos. Debió subir a su habitación por algún motivo... y sorprendió a La Cobra, arriba.

—Y La Cobra la atacó... dejándola malherida, aparentemente muy grave. ¿Qué saben ustedes de La Cobra en Bahiamar? ¿Qué clase de persona es?

—Ya lo habrá leído —suspiró la doncella—. Un ladrón peligroso.

—No me refería a eso, sino a lo que piensa la gente. He oído decir que acostumbra a robar a personas importantes del país o del extranjero, relacionadas siempre, de un modo u otro, con la política de Costa Verde. Si eso es cierto, ¿qué piensa el pueblo de ello?

—El pueblo, señor Cole, desea siempre libertad —dijo Amanda Zapico, contemplando fijamente al visitante, ya junto a la puerta de salida—. Y El Cobra, aunque esté al margen de la ley, es un enemigo de personas a quienes el pueblo no quiere... ¿Usted lo entiende?

—Está claro como la luz del día. ¿Usted creería al Cobra capaz de matar a una persona como Lena Tiger?

—No. En absoluto. Todo lo más, la reduciría, la dejaría fuera de combate.

—¿Y usted creería su palabra, si él le dijera, de alguna forma, que Lena Tiger no había muerto al ser atacada por él?

—Sí —la doncella le miró, pensativa—, ¿Es que... él se lo ha dicho?

No lo sé —suspiró Frank, saliendo de la casa—. Aún no lo sé...

Se alejó por la alameda, buscando su coche, aparcado en una callejuela empedrada vecina, donde el tráfico era virtualmente inexistente. Altas tapias blancas formaban los lados de la callejuela. Frank se inclinó sobre el automóvil de alquiler de que disponía ahora.

Justamente entonces, vio aparecer a los cinco hombres. Tres por un extremo del callejón. Dos, por el opuesto.

Le cerraban el paso. Observó que todos ellos lucían armas blancas, silenciosas y eficaces. Eran navajas automáticas, empuñadas por manos diestras y eficientes.

Se movieron simultáneamente hacia él. Frank permaneció quieto, observándoles. Su cuerpo era un manojo de músculos, nervios y tendones, prestos a dispararse.

CAPÍTULO VI

LA COBRA ENTRA EN ESCENA

Frank lamentó no haber traído consigo a KwanShang, que se ocupaba de hacer otras investigaciones, en aquel momento, relativas al doctor Craven y a la forma en que pudo desaparecer el *cadáver* de Lena Tiger de la Morgue local, siendo substituido por el de la desconocida mulata que ocupara su puesto en el féretro.

Era un luchador capaz de cualquier cosa, pero cinco adversarios fornidos, vigorosos, y provistos todos ellos de arma blanca, resultaba una amenaza demasiado fuerte incluso para él.

De todos modos, ya no debía lamentarse de nada, sino hacer frente a las peligrosas circunstancias, y plantar cara a sus enemigos, cada vez más próximos y amenazadores.

Eran gente con aspecto de asalariados, de profesionales del crimen, procedentes de cualquier lugar del mundo. Algunos eran latinoamericanos, pero no todos. Calculó que, cuando menos, dos de ellos eran norteamericanos, y uno tenía mezcla asiática en sus achatadas facciones.

Fuera como fuese, una siniestra galería de asesinos a sueldo, capaces de liquidar a cualquiera. Incluso a él.

Dejó que se aproximaran, sin apartarse del automóvil, en el que apoyó la espalda, para cubrirse de cualquier ataque por detrás. Plantó cara a los cinco individuos. Uno de ellos rio huecamente.

—Poco vas a poder hacer con tus artes, amigo —silabeó, en un pésimo inglés—. Esta vez estás listo...

Y confirmando con hechos esa afirmación, su brazo se disparó, lanzando sobre el rostro de Frank un navajazo escalofriante.

Él había estado esperando algo así, y también había previsto que el ataque no vendría solo, como así fue. Simultáneo al impacto de la hoja de acero contra su cara, otro de los rufianes dio un salto ágil, dirigiendo una punzada violenta contra su vientre.

Frank evitó ambos golpes mortales con una facilidad pasmosa.

Paró la primera cuchillada hacia su rostro, elevando el brazo en *Age-Uke,* con su pie derecho adelantado, y parando así el brazo enemigo con su antebrazo, en un choque doloroso para el otro, que aulló furioso, sin que su navaja hallara el blanco propuesto.

Al mismo tiempo, con una sincronización de movimientos realmente fantástica, Cole se convirtió en una especie de torbellino humano, y su garganta, su ser todo, emitieron el grito seco, rotundo, estremecedor:

—*¡KIAI!*

Su pierna derecha se alzó, golpeando al segundo adversario en la mano armada de navaja, con un seco, contundente *Mae-Geri-Jodan,* a la vez que su brazo izquierdo se disparaba, veloz, martilleando al primer enemigo en la nuez con un golpe áspero de *OleTsuki— Jodan,* que le lanzó hacia atrás, hasta estrellarse en el blanco muro del edificio.

El segundo navajero había sufrido el impacto del pie de Cole en su ingle, y aullaba, lívido, aferrándose sus partes con ambas manos, tras tirar el arma, al borde del desvanecimiento provocado por el brutal dolor.

Frank dejó de preocuparse de aquellos dos, al menos momentáneamente, puesto que tenía otros gravísimos problemas a resolver en ese instante, a causa del ataque frenético, furibundo, de los tres restantes asesinos.

Tres pares de ojos crueles, tres brazos vigorosos, tres voluntades de matar, tres hojas de helado e incisivo acero, fueron hacia él, como una fuerza devastadora, capaz de helar la sangre incluso a un *budoka* tan poderoso como él. Eran demasiados atacantes a la vez, y todos ellos armados de navaja.

No pudo evitar que una de aquellas hojas de acero le cortase la chaqueta y llegara hasta su brazo, rasgándole la piel. Notó correr la sangre, aunque por fortuna el corte fuese superficial.

Con un gruñido áspero, Cole se revolvió, disparando su pie en *Mae-Geri-Jodan,* hasta alcanzar a uno de los adversarios, el vigoroso mestizo de blanco y amarillo, que recibió el golpe sin pestañear, limitándose a retroceder unos pasos, sin soltar su arma ni renunciar al ataque.

Otro tuvo menos suerte, cuando Frank Cole se puso en guardia en la *kata Ko-KutsuDachi,* para disparar inmediatamente de modo fulminante su brazo derecho, descargando en el enemigo que se le venía encima, su mano en forma de *shutonosable,* que llegó limpiamente al cuello del contrincante. Este chilló, saltando atrás como un pelele, y desplomándose de rodillas, dolorosamente.

Pero aún quedaban dos enemigos armados y listos, que se venían hacia él, contundentes, dispuestos a terminar la pelea, y uno de los golpeados inicialmente recuperábase de su aturdimiento, para unirse a los demás y terminar de una vez con el *budoka.*

Frank apretó las mandíbulas, sus ojos fijos en los enemigos, esperando el nuevo y temible acoso de aquellos tres asesinos. Iba a ser difícil salir con bien de aquella situación. Además, su brazo sangraba cada vez más, y el dolor iba extendiéndose por él sensiblemente.

De todos modos, seguía dispuesto a batallar hasta el fin, no

importaba cual fuese éste. Esperó el ataque decisivo de los tres, simultáneamente.

Y entonces, apareció aquella figura fantástica, descendiendo por una pared encalada con ayuda de una cuerda y, un garfio aferrado a lo alto.

Era un *ninja* de negras ropas y caperuza sobre su rostro en sombras. Era La Cobra.

* * *

La Cobra, que gritó roncamente al sorprendido Frank Cole, mientras unos pares de ojos atónitos y asustados se fijaban en él:

—¡Animo, *budoka!* Ahora seremos *dos...*

Y saltó sobre los enemigos, sin contemplaciones, desenvainando un terrorífico sable japonés curvado, un formidable *tachi* de afiladísima hoja, que descargó sobre los asaltantes, ante los gritos de terror de éstos.

De la boca oculta del misterioso ninja surgido a plena luz, brotó un grito ronco y taladrante:

—¡KIAI...!

De allí donde cayó el filo mortífero del *tachi*japones, enarbolado por la mano enguantada del mítico guerrero nipón, brotó sangre, que salpicó de rojo las enjalbegadas paredes del callejón, a la hiriente luz del sol tropical, ardiente y cegador.

Frank Cole no pudo evitar un estremecimiento. Él tenía un concepto diferente de las *Artes Marciales* al que podía tener un *ninja* auténtico. Pero los *ninja* no existían ya. Eran guerreros del pasado, personajes virtualmente mitológicos del Japón legendario y violento. Una especie de genios del arte de la guerra, la lucha... y la muerte. Mitad hombres, mitad fantasmas, mitad sombras, mitad figuras corpóreas. De ellos se hablaban cosas increíbles. Muchas de ellas, rigurosamente ciertas, por imposibles que pareciesen. Cole lo sabía. Cole había estudiado la ciencia, las técnicas y el espíritu de los guerreros *ninja,* los del ropaje negro, la identidad confusa, los recursos infinitos, la preparación física y mental de superhombres. Los *ninja* de *katana* afilada y mortal, como ahora lo era el *tachi* de este renacido personaje mítico, luchando en una callejuela de los trópicos centroamericanos.

Los *ninja* de ropas negras, repletas de bolsillos y compartimentos donde se hallaban diversas armas mortales o prácticas, desde una púa a un garfio, pasando por una horquilla acerada, unas placas para flotar en las aguas, o un corto y demoledor *nunchaku.* Con su estilo de lucha peculiar, el *Nin-Jutsu,* o sus tácticas de tiro a larga distancia, y la *HokutoDo,* tiro sobre blancos reforzados. Hoy en día, el *Kodokan*

de Tokio hace exhibiciones de este *Arte Marcial,* que es más un método bélico que un auténtico medio de lucha oriental perteneciente a las *Artes Marciales* propiamente dichas.

Aquella clase de aliado era el que, llovido del cielo, había venido a unirse a Frank Cole en tan graves y difíciles momentos. Los tres enemigos, sobresaltados, vieron la fosforescente figura de la serpiente cobra sobre la negra prenda del *ninja* misterioso, cuando ya éste había hundido el hombro de uno de los asesinos con un tajo brutal de su arma blanca, aquel sable demoledor, que hizo crujir el hueso, al hendirlo junto con la carne. El alarido de agonía del herido, coincidió con los gritos aterrorizados de los restantes luchadores provistos de navajas:

—¡El Cobra! ¡Es El Cobra en persona!

Pese a ello, intentaron luchar simultáneamente con Cole y con el *ninja.* Empeño demencial. Porque reforzado con tan inesperado auxiliar, tuvo suficiente tiempo y ocasión para actuar, pese a su brazo herido, disparando simultáneamente el puño derecho, en un *Tsuki—Jodan* vigoroso y su pie del mismo lado en un *Yoko-Geri-Jodan,* que alcanzaron de lleno a dos de sus adversarios.

El puñetazo seco, demoledor, hirió al contrario más próximo en su *kasumi* izquierda, es decir, la sien. Era un golpe mortal. El individuo soltó su navaja, puso los ojos en blanco, boqueó, y cayó de bruces, pesadamente, para no moverse más.

La patada alcanzó, a su vez, el pectíneo o *lang-Che,* punto *atemi* o vital que originó el desvanecimiento del herido. Simultáneamente, el *ninja* misterioso descargaba otro golpe mortal en uno de los que intentaban rehacerse para luchar o huir, descargándole en la cabeza tal impacto con la empuñadura de su sable japonés, que le hundió el cráneo despiadadamente, abatiéndole sin vida a sus pies.

La lucha había terminado, rápida y silenciosa. A su alrededor, hombres inconscientes o muertos, eran el resultado final del enfrentamiento. Hubo un profundo silencio en el callejón.

Se miraron largamente Frank Cole y El Cobra. Respiraban entrecortadamente, pero sin muestras de fatiga. Nadie, en la tarde soleada, se había dado cuenta del choque violento en el callejón. Seguían estando solos en aquel paraje, entre tapias blancas y palmeras al cielo azul.

—¿El Cobra? —preguntó escuetamente Cole.

—Sí —los ojos fulgurantes del *ninja* se entornaron, visibles entre la caperuza negra y el cuello alzado de su blusón enlutado—. ¿Frank Cole, el *budoka?*

—Eso es. ¿Por qué me ayudó?

—Usted corría peligro. Tenía que ayudarle —musitó una voz ronca, tras el tejido.

—Eso suena extraño. Usted atacó e hirió a una amiga mía...

—Lena Tiger. Hotel Paraíso —la cabeza asintió, sin dejar de clavar en él aquellos ojos ardientes y crueles—. Cierto. Pero no la maté.

—¿Era suyo el mensaje depositado en el cementerio?

—Lo era. Se lo tiré a los pies.

—Luego usted estaba espiando allí, durante el funeral del cadáver cambiado...

El *ninja* no contestó. Se limitó a pestañear una sola vez. Sus manos se apoyaban en la empuñadura de su sable. Y la enrojecida punta de éste, en tierra, entre los cantos rodados de la callejuela.

—Le dije la verdad. Lena Tiger no estaba muerta.

—Pero sí herida.

—Me sorprendió al salir de la *suite* donde había robado. Me atacó. Tuve que defenderme. Ella no podía saber que yo no era su enemigo. La derribé.

—No me sorprende —resopló Frank, mirando a los cuerpos inmóviles—. ¿Es, realmente, un *ninja?*

—Lo soy.

—Creí que ya no existían.

—Hizo mal en creerlo. En el mundo existen, aún, clases secretas de este arte guerrero.

Yo tomé lecciones.

—Sí, ya lo vi. ¿Qué le pasó a Lena?

—Cayó. Inconsciente tan sólo. Golpeó una vidriera y se hirió en la cabeza. Lo vi claramente. Eran los vidrios, cortando su piel. Nada más. No hubo impacto Rodó por la moqueta del corredor. Es muy gruesa y blanda. No pudo dañarse. Alguien mintió.

—¿Por qué y para qué?

—No lo sé. Estoy intentando averiguar por qué quieren culparme de asesinato.

—¿No mató nunca a nadie... salvo así, en lucha abierta?

—Eso no es asunto suyo. Un *ninja* tiene una moral diferente a un *budoka.* Debería saberlo.

—Lo sé. No hay mucho en común entre nosotros. No me gusta matar, salvo cuando es inevitable hacerlo. Usted no es tan escrupuloso.

—Nuestros métodos difieren, eso es todo —rio la voz hueca, burlonamente—. ¿Averiguó algo?

—Apenas nada. Lena Tiger puede estar viva, oculta en alguna parte, secuestrada. Me pregunto por qué... ¿Usted es sólo un ladrón de hoteles? ¿O es algo más?

—Ante todo, soy lo que ve: un *ninja.* La Cobra es mi nombre de guerra. Luego, lucho a mí modo. Este Gobierno es una farsa, un sistema totalitario y cruel. Oprime y arruina al país. Quiero derribarlo.

—¿Usted solo?

—Pongo mi grano de arena. Robos espectaculares, desprestigio de la policía... Eso mina los cimientos del sistema. Ya es algo. La gente sabe lo que hago. Me veneran. Hablo del pueblo sano, no de los corruptos. Y aquí hay muchos.

—¿Le paga alguien por hacerlo? Un *ninja* es una persona de otras latitudes. No encaja en el trópico americano, la verdad...

—Tal vez no. Pero sus técnicas me son muy útiles. Soy un problema para ellos. Eso ya es mucho. Hay un movimiento de rebeldía incubándose en el país. Alguna vez, Costa Verde será libre. El tirano caerá, tarde o temprano, señor Cole.

—Es posible. ¿Qué tiene que ver todo eso con Lena Tiger, con esta gente... y con los que la atacaron en el aeropuerto, o con la muerte violenta del doctor Craven?

—¿Mataron al doctor? —el*ninja* llamado La Cobra pestañeó de nuevo, por toda emoción ostensible—. Las cosas se precipitan... Cole, su amiga de color se metió en problemas al venir aquí.

—¿Por qué? ¿Por su hermana Bessie de Orlando?

—Tal vez, Raúl de Orlando planeaba levantarse contra el general Velasco. Era líder de la revuelta, pese a ser hombre de confianza del Gobierno. El accidente del yate fue un asesinato a sangre fría, dispuesto por el propio dictador. La viuda está siendo vigilada estrechamente. Lena Tiger llegó, y fue detectada por los servicios de *Seguridad* del comandante Arenas. Dispusieron unos supuestos terroristas para eliminarla. Si ellos fallaban, la policía misma terminaría con ellos. Tenían órdenes al respecto, para que no hablasen.

—Entiendo eso. Pero ¿y los demás? ¿También es un plan del Gobierno?

—No, no lo creo —los ojos del *ninja* misterioso fulguraron extrañamente—. Hay algo, algo más que no atino a ver... Algo que no viene de nosotros ni del Gobierno... Estos hombres que le han atacado hoy son una prueba más. Hay una tercera fuerza en juego, aquí en Costa Verde. A veces he intuido su existencia. Hoy estoy seguro de ella. Lo que me gustaría es saber qué busca, por qué obra de este modo...

—Tengo que averiguarlo, Cobra —dijo Frank secamente.

—Yo también —inesperadamente, el *ninja* con el emblema de la cobra en el pecho, subió rápido por el cable lanzado a la callejuela desde la tapia blanca. Con una agilidad simiesca, alcanzó lo más alto. Antes de desaparecer al otro lado, tras retirar cuerda y garfio, terminó con voz firme—: ¡Hasta otra vez, Frank Cole! ¡La Cobra es su amigo, no su enemigo! Encontraremos a su amiga de color, no lo dude...

Y desapareció.

Frank Cole estuvo tentado de escalar aquel mismo muro, de seguir a la furtiva figura misteriosa. Pero supo que sería inútil. Si realmente conocía las técnicas secretas de los *ninja,* nadie en el mundo sería capaz de dar ya con él. Y Frank Cole estaba seguro de que sí había conocido a un auténtico *ninja* de los nuevos tiempos.

Echó a andar hacia la avenida flanqueada de palmeras, para informar a la policía sobre lo sucedido. Naturalmente, tendría que explicar que La Cobra le había ayudado, aunque estaba seguro de que eso no iba a gustar a los agentes de *Seguridad* de Costa Verde.

CAPÍTULO VII

PELIGRO EN TODAS PARTES

Los almendrados ojos, astutos e inteligentes, contemplaron con atención a los dos interlocutores, mientras la sonrisa asomaba a los labios risueños, amables,

—De modo que son ustedes, en cierto modo, amigos —comentó KwanShang, tras una breve pausa.

—Yo diría que sí —asintió Charles Norton, el atlético y arrogante americano de rubios cabellos y facciones broncíneas—. El señor Hamura y yo nos conocimos anteriormente en Tokio y Osaka, De ahí data nuestra amistad, aunque seamos de profesiones tan diferentes.

—El señor Norton dice verdad —la sonrisa del japonés rivalizó en obsequiosidad y simpatía con la de su hermano de raza, pero no de nacionalidad, KwanShang—. Por entonces, yo iniciaba mis experiencias de ingeniería industrial y experto en instalaciones de explotación mineral. Y él era, como siempre, un ágil y sagaz corresponsal que tocaba la realidad palpitante, la analizaba a fondo, y la vertía en sus reportajes desde mi país.

—¿Tal vez le resulta sospechoso por alguna razón desconocida, esa clase de amistad entre un reportero y un industrial, señor Shang? —se interesó el americano con expresión de cautela en su guapo rostro varonil.

—Ni mucho menos —sacudió Kwan suavemente la cabeza—. Estaba pensando en que ustedes han conocido a una buena amiga mía, mientras estuvo residiendo en este hotel, eso es todo.

—¿La señorita Tiger, esa joven de piel oscura que ha desaparecido? —el japonés hizo un gesto de asentimiento—. La vi dos o tres veces, pero creo que lo único que tuve de contacto propiamente dicho con ella, señor Shang, fue un saludo cortés, cuando se sentó a cenar junto a la piscina, en el restaurante al aire libre del hotel, a poca distancia de mi mesa.

—Yo la traté un poco más, pero no mucho —suspiró el periodista —. Le pedí que bailara conmigo, y me dio esquinazo. Si se hubiese quedado abajo, aceptando mi invitación, tal vez nada de esto hubiera sucedido.

—Tal vez aceptó enigmáticamente, Kwan. Pero yo no estaría muy seguro de ello, señor Norton.

—¿Eso quiere decir, quizá, que no fue accidental ni casual lo que le ocurrió, que aunque no se hubiera tropezado con ese siniestro individuo, La Cobra, también peligraba esa joven de alguna forma?

—Esa sería una suposición muy inteligente, señor Norton —asintió Kwan, con una sonrisa grave que no prestó alegría alguna a su semblante—. Nada más llegar a Costa Verde, fue atacada por tres asesinos armados. Luego, sucede esto, se la da por muerta, cambian el cuerpo, y meten en el féretro a otra mujer de color, no apareciendo ella por parte alguna, y encontrándose solamente el cadáver del médico que dictaminó su defunción y aseguró haberle practicado la autopsia. Muy extraño y significativo todo ello, ¿no es cierto?

—Huele a complot —admitió seriamente el japonés.

—Pero complot ¿de quién y por qué? —saltó Norton, perplejo, mirando a KwanShang con interés.

—Caballeros, por eso quería hablar con ustedes —se evadió elegantemente el joven chino de una respuesta concreta—. Si alguien pudo observar algo raro, sospechoso, que pudiera salirse de lo normal, en los momentos anteriores a la desaparición de Lena Tiger, ésos fueron ustedes.

—No, no recuerdo nada en absoluto —negó vivamente el japonés, mostrando en sus facciones inmutables una cierta sombra de preocupación, como si estuviera esforzándose en evocar algo que cambiara ese criterio previo. Debió fracasar rotundamente, porque añadió, tras una vacilación—: Sólo puedo recordar que esa mujer de curvas impresionantes entraba en el comedor al aire libre, entre fogonazos de las cámaras fotográficas, cuando la joven de color se puso en pie para marcharse...

—¿Curvas impresionantes? ¿Quién? —se interesó Kwan.

—Miss Florida —rio entre dientes Norton—. Yo también lo recuerdo ahora. Había estado haciéndole unas preguntas en el *hall,* antes de que ella fuese hacia su mesa, al lado de la piscina. Se llama Cheryl Moore y es americana, de Miami exactamente. Un monumento de mujer. Tiene 42 de busto, amigo mío. Y un trasero impresionante. En fin, una bomba nuclear con figura de mujer. Tiene muchas probabilidades de llevarse de calle el premio de belleza de Costa Verde. Pero, como ocurre con la mayoría de esas muchachas a quienes la Naturaleza dota tan generosamente en lo físico, es estúpida por completo.

—Me temo que al señor Shang no le importen demasiado las curvas de Miss Florida en estos momentos —apuntó tímidamente YokoHamura, el industrial japonés, experto en instalaciones mineras—. Está pensando en su problema. Y ése se llama Lena Tiger...

—Sí, eso es —suspiró Kwan con cierta amargura—. De todos modos, gracias por todo, señores. Han sido muy amables conmigo.

—¡Oh, no tiene importancia! —hizo Norton un gesto ambiguo—. Si en algo puedo serle útil, no dude en avisarme. La señorita Tiger, además de ser muy hermosa, es compatriota mía. Estamos en un

país extraño, y debemos ayudarnos mutuamente, señor Shang.

—Gracias. Lo tendré en cuenta, aunque creo que sólo nosotros podemos intentarlo por todos los medios, aparte lo que hagan las autoridades de este país.

—¡Hum, las autoridades! —el japonés se inclinó, bajando la voz—. Yo, señor Shang, no me fiaría demasiado en ese sentido.

—¿Qué quiere decir? —Kwan puso gesto de inocencia y miró a Hamura enarcando las cejas—. Creí que usted estaba aquí, trabajando para el Gobierno de Costa Verde...

—Y así es. Pero ello no obsta para que vea las cosas tal como son —sonrió el japonés apaciblemente—. En el tiempo que llevo aquí, he observado que el Gobierno del General Velasco dista mucho de ser digno de fiar. Mi labor es estudiar los nuevos yacimientos de minerales y su explotación e industrialización, en la zona sur del país. Mi informe, y el de una comisión oficial nombrada por esos caballeros que han venido a hacer un empréstito importante al Gobierno, pesará decisivamente a la hora de obtener tal crédito. Pero hay otros expertos en minas con los que he coincidido en las futuras explotaciones, y ésos me han hecho recelar que las cosas en este país sean todo lo claras que debieran de ser...

—Supongo que sería una indiscreción mía profundizar en tal aspecto... —apuntó astutamente KwanShang.

El japonés rio, asintiendo.

—Sí, lo sería —admitió—. Pero yo no cometo ningún delito grave contra nadie, si le digo que algunos de esos *expertos* —proceden de ciertos países del Este de Europa, que parecen demasiado interesados en controlar la vida política de Costa Verde, a través del general Velasco. Y más que *expertos* en minas, son agentes especiales, muy eficaces, eso sí, en detectar riquezas que pueden servirles a ellos para su beneficio futuro.

—Creo entender —miró a Norton, y el periodista americano movió afirmativamente la cabeza, en silencio, como corroborando las sospechas del industrial japonés—. Bien, gracias por los informes. Los tendré en cuenta, según vayan las cosas. Y, ciertamente, no los repetiré a nadie que pueda perjudicarle, esté seguro.

—Lo estoy —suspiró el japonés—. Por eso se lo dije.

Se estrecharon la mano con fuerza. Las dos miradas almendradas se encontraron en una especie de simpatía velada. KwanShang, súbitamente, vio claro.

—*¿Budoka?* —preguntó el japonés.

—Exacto —asintió suavemente el industrial de Tokio—. *Tae-Kwon-Do* y *Nunchaku.* Algo de *Kendo* también. Soy luchador desde mi juventud.

—Entonces me conoce...

—¡Claro! A usted, al señor Cole... y a la desaparecida joven, Lena Tiger —rio con dulzura y astucia el nipón—. *Los Tres Dragones de Oro...* Soy un pésimo aficionadoa su lado, por supuesto. ¡Ustedes son casi un mito!

—Somos solamente seres humanos, señor Hamura. Tres *budokas* que intentan hacer del mundo un lugar más digno y más justo. Un grano de arena en la playa. Sólo eso somos.

—Veo que todos tenemos algo en común —rio Charles Norton—. Yo he practicado bastante *judo* en los *dojos* de Tokio. No soy un *budoka,* pero puedo enfrentarme con dos o tres enemigos fácilmente, e incluso con uno armado, aunque mis recursos sean pobres. A su lado, señores, me siento como un enano.

—Nadie es inferior —sentenció Kwan—. Basta fe, voluntad y espíritu de superación. Lo que uno hace, lo puede hacer otro. Todos estamos igualmente capacitados para llegar a lo más alto.

—Pues yo me quedé en el primer escalón —dijo con buen humor Norton—. Pero si me necesitara alguna vez... ya sabe dónde estoy.

—Gracias de nuevo —ahora estrechó Kwan la vigorosa mano del joven periodista, justo en el momento en que, por encima del hombro de Norton, descubría en el amplio *hall* del hotel Paraíso la presencia de alguien—. ¡Vaya!; ahí tenemos al capitán Acosta, de *Seguridad,* acompañado de alguien que parece más importante que él en graduación...

Norton miró de reojo. Emitió un silbido alagado.

—Nada menos que el comandante Arenas, jefe de *Seguridad Interior* de Costa Verde —apuntó en voz baja—. Sólo se ocupa de los asuntos *muy* importantes...

Pero ya KwanShang, rápido y elástico como un felino, se alejaba por el amplio vestíbulo, como si no hubiera visto ni oído nada, en dirección al exterior.

Había quedado citado con Frank en un determinado lugar, y se acercaba la hora de reunirse. El sol brillaba esplendoroso sobre los blancos edificios y las palmeras de Bahiamar.

Sin embargo, él seguía en las sombras. Lena Tiger no sólo continuaba sin aparecer, sino que seguía sin saber qué pudo ser de ella, dónde estaría ahora... y cuál sería el papel del misterioso Cobra en todo ello.

* * *

—De modo que todos ellos son expertos en lucha...

—Bueno, al parecer Hamura domina varios estilos de *Artes Marciales.* El americano dijo ser sólo un principiante, Frank...

—Lo dijo, pero ignoramos si lo es o no —meditó en voz alta Cole

—. Recuerda lo que acabo de decirte: El Cobra viste como un legendario *ninja.* Y es un notable experto en lucha oriental. Puede ser cualquiera. Incluso ese Norton, o el japonés Hamura. En suma, alguien que lucha contra el Gobierno del general Velasco. Y que no creo matara a Lena, ni tan siquiera deseara otra cosa que derribarla inconsciente, para escapar.

—El ladrón de guante blanco se convierte en un héroe, ¿eh?

—No sé si es un héroe o un pillo, o tiene parte de cada cosa —sonrió duramente Cole—. Pero me libró de un buen problema, eso es lo cierto. Quiero creer que era sincero cuando me habló. No tenía por qué engañarme.

—Pero si El Cobra es un amigo o un aliado... ¿contra quién luchamos?

—No lo sé. Un enemigo posible para nosotros, es el propio país donde estamos. Es decir, sus autoridades, su dictador, su sistema político. Pero según El Cobra, hay algo más:un tercer poder en la sombra. Quiero creer que es cierto.

—¿Y qué buscaría ese poder, Frank?

—No lo sé. Tampoco parece saberlo ese desconcertante *ninja* que roba hoteles y desprestigia al Gobierno. Pero evidentemente, existe.

—¿Esa tercera fuerza envió a sus matarifes contra ti?

—Sin duda.

—¿Y retiene ahora a Lena Tiger en su poder, tras sobornar o coaccionar al doctor Craven para que fingiera toda esa farsa?

—Sí, eso parece.

—¡Frank, no tiene ningún sentido!

—Quizá no lo tenga, en tanto no sepamos de qué y de quiénes se trata. Kwan. Pero hemos venido para rescatar a Lena sana y salva, no para mezclarnos en la política de ningún país. Esa no es tarea nuestra ni lo ha sido nunca.

—¿Y si los gobernantes de Costa Verde tienen interés en que Lena no aparezca?

—Entonces... lucharemos también contra el Gobierno de este país, Kwan. Todo antes que permitir que Lena peligre... si es que aún vive.

Los dos amigos charlaban animadamente, a medio tono, en el rincón de un amplio barrestaurante situado frente a las doradas playas de Bahiamar, donde las olas llegaban mansamente, y donde las bañistas de minúsculos bikinis abundaban como una plaga turbadora y atractiva para la viste. Sólo que ninguno de los dos *budokas* estaban ahora para esas cosas. Su mente estaba muy lejos de allí. Sólo el paso frecuente, de hermosos y cimbreantes cuerpos color canela, de caderas sinuosas, nalgas prominentes, pechos enhiestos y bellas piernas, les hacía mirar a las bellezas morenas, quizá pensando encontrar allí, entre la pléyade de seductoras

mulatas, la sombra de Lena Tiger. O sólo su recuerdo, amargo y obsesivo.

—¡Eh, mira! —señalóKwan bruscamente hacia la entrada—. Los periódicos de hoy traen grandes titulares, a lo que veo...

Era la última edición del *Sol de Costa Verde.* Y, ciertamente, traía grandes titulares en portada. Cole adquirió un ejemplar y le echó una crítica ojeada. Las enormes letras saltaron ante sus ojos, desde la primera plana del rotativo:

«PELIGRA EL EMPRÉSTITO INTERNACIONAL,»
«GRAVE COMPLOT EXTRANJERO CONTRA NUESTRO PAÍS.
LAS AUTORIDADES,
ALERTA.»
«¡ORDEN TAJANTE! ¡ENCUENTREN AL COBRA Y A SUS
POSIBLES CÓMPLICES!»
«SU EXCELENCIA, EL GENERAL NELSON VELASCO, OFRECE
100.000 PESOS
COSTAVERDENSES POR LA CAPTURA DE CUALQUIERA DE
ELLOS.»

—Parece que el Gobierno se pone duro —comentó Cole entre dientes.

—Y agresivo —apuntó Kwan, con el ceño fruncido—. Mira eso, Frank.

El *budoka* americano dirigió una ojeada hacia el punto donde señalaba Kwan. Inmediatamente se puso en guardia. Soldados y policía militar recorrían las playas, solicitando documentación a todos los turistas con aspecto de centroamericanos, sin disimular demasiado la posición amenazadora de sus chatas metralletas, apuntando al suelo. Pero con el dedo de los agentes sobre el gatillo.

—Me parece que las cosas empiezan a ponerse feas, Kwan —avisó Cole.

Como una corroboración de sus palabras, se abrió bruscamente la puerta del amplio bar. El propio capitán Acosta, de *Seguridad,* entró, seguido por tres policías armas en ristre. Y cruzó la sala, dirigiéndose hacia ellos en derechura.

—¿Qué ocurre ahora? —jadeó el joven chino entre dientes.

—Me temo que lo peor —avisó, sibilante, Cole—. Vienen a por mí... a por los dos.

Y antes de que Kwan pudiera objetar algo, los hechos confirmaron esos temores del *budoka* americano.

—¡No se muevan! —avisó la voz de Acosta fríamente—.Están arrestados, señor Cole, en nombre del Gobierno de Costa Verde, como sospechosos de actividades subversivas contra la seguridad del Estado.

* * *

Durante unos instantes, fue como si ninguno de los *budokas* supieran qué hacer ante la advertencia severa del oficial de *Seguridad,* escoltado por los hombres armados, mientras allá afuera, en las playas, otros agentes uniformados procedían a conminar a los turistas y pedirles que se identificaran, con iguales o parecidos modales.

Pero los labios de Cole se habían movido de modo imperceptible, cuando Arenas llegaba a ellos, para musitar a KwanShang, casi sin voz, pero perfectamente audible para el joven chino:

—Escapa. Escapa tú, Kwan. Yo cubriré tu retirada. Haz lo que sea para evadirte, pero no descargues golpes mortales. Sería tanto como darles la excusa para fusilarnos a todos sin remisión.

Kwan no necesitó responder Sus ojos orientales se entornaron dos veces, con rapidez, demostrando que había entendido perfectamente la advertencia de su camarada.

Luego, Frank se incorporó lentamente, mostrando sus manos vacías, con una sonrisa.

—Vean, no llevo conmigo arma alguna... —comenzó.

—¡No se fíen de ellos! —avisó duramente el capitán Acosta—. Sus mejores armas son los brazos y las piernas ¡No necesitan armas de ningún otro tipo!

Y bien que se demostró en los momentos siguientes, cuando Cole, de forma súbita, cayó sobre los hombres armados, sin que al parecer, hubiera necesitado el más leve impulso para ello.

Sin embargo, un poder formidable, devastador, surgió de su cuerpo todo, convertido en catapulta lanzadora de impactos demoledores. Sus brazos y piernas, como dijera el capitán Acosta, lo hicieron todo.

En cuestión de décimas de segundo, su pierna derecha se disparó en un vertiginoso *Yoko-Geri-Chodan,* que alcanzó a uno de los policías armados de metralleta, y simultáneamente machacó con un *Tsuki-Jodan* lateral del puño derecho, a otro de los agentes, sorprendiéndoles por completo, dado lo seco y súbito del ataque.

Gritaron roncamente los dos hombres alcanzados, y cuando el capitán Acosta levantó su pistola automática de calibre 38, para encañonar a Cole, éste exhaló un grito ronco, poderoso y sorprendente, que heló la sangre en las venas a sus antagonistas:

—*¡KIAI!*

E inmediatamente, con su mano verticalmente, disparó un golpe de *Nukite* que no sólo se llevó por delante el arma, sino que hizo descender el brazo del oficial, con un aullido de dolor de éste.

Para entonces, ya KwanShang habíase ocupado del último agente de uniforme, atacándole con una desconcertante rapidez, en postura a caballo o *Chi-Na-Shin,* de la más practicada técnica del *Kung-hu* en China, y adelantó su pie derecho mediante un paso largo, en tanto su antebrazo del mismo lado describía hacia abajo, alrededor del antebrazo izquierdo del policía atacado, un amplio y rápido arco.

Inmediatamente, sin dar la menor oportunidad al agente, el puño derecho golpeó seca y contundentemente los testículos del policía, que lanzando un aullido de agudo dolor, se convulsionó, y su arma osciló entre los dedos repentinamente fláccidos.

—¡Huye, Kwan! —avisó Cole, hablando en chino para que no le pudieran comprender Acosta y sus hombres—. ¡Escapa, pronto, sea como sea! ¡Deja que me arresten a mí, si es inevitable!

Y era inevitable, porque tras las vidrieras del bar, asomaban otros cuatro hombres armados, procedentes de un *jeep* de la policía militar de Bahiamar, para apresurarse a entrar luego y dirigirse hacia ellos resueltamente.

KwanShang no vaciló. Se precipitó rápido hacia las vidrieras asomadas a la playa, se cubrió el rostro y cabeza con ambos brazos, y atravesó los cristales como un proyectil, dando luego volteretas en la franja de pavimentación del paseo marítimo, junto a la dorada playa repleta de turistas.

—¡A él! —aulló la voz rabiosa de Acosta, saliendo de su convulsión dolorida, sujetándose el brazo dañado por el golpe de *karate* de Frank Cole—. ¡Cazad al chino, sea como sea! ¡Es un agente extranjero!

Pero aunque los demás policías dejaron de preocuparse de los turistas, para dirigir su atención hacia el joven chino, éste había logrado, tras su audaz maniobra de perforar las vidrieras violentamente, sin sufrir el más leve rasguño, emprender rápida carrera hacia un punto repleto de hileras de casetas de baño, duchas y servicios junto a la terraza de un bar playero.

No podían disparar los policías para no herir a los numerosos bañistas, que se arremolinaban, asustados, o huían despavoridos ante las armas repentinamente levantadas en manos de los policías de *Seguridad Interior* de Costa Verde. KwanShang confiaba en lo nutrido de la playa para evitar ser cazado a tiros, Pero sabía que eso no iba a durar todo el tiempo. Bloquearían la zona, sin la menor duda, y él tenía que salir de allí antes de que eso sucediera, o caería en poder de los hombres del Gobierno, con todas sus consecuencias.

Rápido, tomó una decisión. Se precipitó a través de la ancha franja de arena, en dirección al mar. Un inmediato embarcadero de tablas, mostraba tres o cuatro lanchas a motor alineadas, meciéndose suavemente en las aguas. Cualquiera de ellas podía ser una oportunidad de evasión.

Los agentes vieron su trayectoria a través de la playa, y adivinaron sus intenciones, precipitándose hacia la orilla, mientras daban tajantes órdenes de que se despejara la zona, o se verían obligados a disparar contra todos. Eso provocó una masiva estampida de turistas, agravando más aún la situación de Kwan.

Este se hallaba ya cerca del embarcadero, cuando las armas automáticas comenzaron a crepitar. No disparaban aún hacia él, porque había gente por medio. Pero sí sobre los yates, cuyos depósitos de combustible agujerearon rápidamente, empezando a derramarse el keroseno o la gasolina, desde los orificios al mar. En uno de los casos, un yate se incendió, empezando a lamer las llamas su casco blanco y esbelto.

Gritos de terror y una fuga masiva de la arenosa franja, advirtieron a Kwan de que finalmente quedaba a merced de los sicarios del capitán Acosta y sus armas automáticas.

Fue entonces cuando los botes de humo comenzaron a rodar por la playa, envolviendo la orilla en una densa nube que ocultó también a Kwan a la vista de los asombrados policías. Estos lanzaron juramentos, precipitándose hacia el nubarrón, sin dejar de apretar el gatillo de sus metralletas.

El joven chino, sorprendido, trató de ver algo en la niebla oscura de los botes de humo providencialmente caídos en la arena desde alguna parte.

—¡Por aquí! —llamó una voz—. ¡Vamos, Dragón, no dude! ¡Vengo a salvarle!

Era un susurro que se fundía con el humo, pero parecía proceder de un amigo. Kwan corrió en dirección a donde sonaba la voz, sorprendiéndose al ver emerger del mar, junto a la arena, una especie de lancha rápida, pintada de color gris plomizo, y protegida por una envoltura de plástico con mirillas.

La voz llegaba de allí, y la embarcación había surgido del fondo de las aguas súbitamente, como si fuese un diminuto submarino. Una portezuela se abrió en el plástico que recordaba a una tienda de campaña, y Kwan penetró rápido en su interior.

La embarcación, realmente, *era* submarina. KwanShang lo comprobó inmediatamente, cuando su misterioso salvador, al timón de tan rara embarcación —no mayor que una vulgar canoa motora de placer—, manipuló unos mandos, y notó un burbujeo en alguna parte, al tiempo que se hundían en el agua, alejándose con rapidez de la orilla, protegidos por la cortina de denso humo gris en la que, rabiosamente, se debatían los agentes del capitán Acosta.

—¿Qué significa esto? —preguntó KwanShang, respirando hondo, tras acomodarse en un muelle asiento plástico, junto al tripulante, en aquella pequeña y silenciosa nave, rodeada ahora de agua por

doquier.

—Significa que está a bordo del *Delfín,* mi pequeño submarino de bolsillo —rio una voz burlona, cerca de él—. ¡Bien venido a bordo, *Dragón de Oro Número Dos!* ¿O es el Tres?

—¿Quién es usted? —quiso saber Kwan, a medida que el gris oscuro del humo se distanciaba, y la luz solar del trópico, entrando a través del azul límpido de las aguas, le revelaba la presencia de alguien vestido como un legendario *ninja* japonés, al timón de la singular nave.

—La Cobra —le dijo el *ninja,* mostrando el distintivo de ese reptil, en fluorescente sobre sus extraños ropajes—. ¿No lo había adivinado aún?

—Lo imaginaba, pero ¿qué hace aquí tan oportunamente?

—Vigilaba a ustedes dos de cerca. Sabía que esto sucedería. Pero confié en que se salvarían los dos, no en que se sacrificase su amigo Cole. Ha sido una locura.

—¿Por qué dice eso? —se inquietó Kwan—. No pueden hacerle nada. Es un ciudadano americano...

—Es algo más. Es un hombre molesto para el sistema. Le acusarán de que yo le ayudé a salir de apuros hoy mismo. He oído decir algo de eso, por ello acudí adonde ustedes estaban, vigilando desde este minisubmarino. La acusación de complicidad con La Cobra, según la última ley aprobada por el presidente Velasco significa la pena capital. Su amigo, Frank Cole... será fusilado hoy mismo —fue la última frase demoledora pronunciada por la invisible boca del *ninja* llamado La Cobra.

CAPÍTULO VIII

LA TERCERA FUERZA

—¿Ha dicho... fusilado?

—Eso es, señor Cole —sonrió duramente el capitán Acosta—. Es culpable de actividades subversivas contra el Poder. Ese delito implica la pena capital, sin posibilidad de indulto.

—¡Están locos! Cuando me procesen, se armará tal escándalo que...

—No dará tiempo a escándalo alguno, señor Cole —rio el capitán con frialdad—. Es un proceso sumarísimo de tipo militar. Cuestión de horas. Será juzgado esta misma noche. Y ejecutado al amanecer. Es la ley.

—No sabe lo que dice —los ojos helados de Cole no revelaron emoción alguna en su rostro enérgico y viril—. ¿Qué delito he cometido para ser acusado de tal cosa?

—Tenemos informes. Le vieron luchar, ayudado por La Cobra. Es suficiente. La complicidad con ese criminal, lleva implícita la pena capital. No puede negarlo. Hay varios testigos que lo confirmarán.

—No soy su cómplice. Fui atacado por unos asesinos profesionales. El Cobra surgió de repente y me ayudó.

El oficial soltó una carcajada. Miró burlonamente al prisionero en la lóbrega celda de los sótanos del edificio de *Seguridad Interior* de Bahiamar, tan diferente a la luminosidad y asepsia del exterior.

—¿Espera que alguno de sus jueces se crea tal historia, señor Cole? —meneó la cabeza burlonamente—. ¡Vamos, vamos, no somos niños...! Su culpabilidad es evidente. Y no puede evitar que le condenen... y le ejecuten, antes de doce horas, por muy *budoka* excepcional que usted sea. Ante un pelotón de fusilamiento, todos son iguales...

Frank Cole, con sus manos esposadas, miró las oscuras y húmedas paredes de su celda, escudriñó a los celadores armados del corredor, y luego al frío y despiadado oficial de *Seguridad.* No reveló emoción alguna. Ni siquiera temor o inquietud.

—Será un asesinato a sangre fría —dijo secamente—, Pero imagino que eso es algo a lo que usted y sus superiores están ya muy acostumbrados en este *paraíso* tropical...

Enarcó sus cejas el general Acosta con expresión de ira. Pero no dijo nada, limitándose a salir de la celda. Se cerró la metálica puerta con lúgubre sonido. Frank Cole se quedó quieto, reducido a la impotencia en aquella cámara cuadrangular, de donde saldría únicamente para ser sometido a una farsa llamada procesamiento, para luego ser fusilado sin remedio.

Contra eso, ningún *Arte Marcial* podía hacer gran cosa.

* * *

El minisub de La Cobra se deslizaba silenciosamente bajo la superficie marítima, alejándose del litoral costero, posiblemente batido ahora por las fuerzas policiales de Costa Verde.

KwanShang miraba curiosamente en derredor, dentro de aquella cabina a la que, cuando escaseó la luz solar que filtraban las aguas, una luminosidad tenue, verdosa, prestó la suficiente claridad para ver

con nitidez el cuadro de instrumental y los detalles de todo tipo.

No era mucho mayor que la cabina de una avioneta, sus muros aparecían acolchados en materia plástica, y los motores parecían totalmente silenciosos. Sólo un leve zumbido era perceptible, allá en la cola de la singular embarcación.

—Supongo que avisarán a los guardacostas para que nos den caza —señaló Kwan.

—Supone bien —asintió el *ninja,* centelleantes sus ojos tras el embozo y la caperuza de su mítica indumentaria—. Ya lo tengo previsto.

—¿No podrán detectar este pequeño submarino a causa de sus motores silenciosos?

—Eso sólo nos salvará del *sonar,* pero no del radar. Darán con nosotros si seguimos navegando, amigo mío.

—¿Entonces...?

—Por eso nos dirigimos a cierto lugar, donde estaremos a salvo de toda posible búsqueda. Voy a acelerar la marcha. Cuanto antes salgamos de esta zona, tanto mejor para nosotros.

Aceleró, y el minisubmarino hendió las aguas, por encima del fondo arenoso, ahuyentando bancos de pececillos y sobresaltando a los crustáceos empotrados en la arena. Kwan sintió el vértigo de la velocidad, muy perceptible dada la ligereza del casco de aquella embarcación de bolsillo, capaz de navegar en superficie o por el fondo.

—Las burbujas no brotan al exterior mientras respiramos —explicó La Cobra, manipulando la embarcación hábilmente, ahora ya entre arrecifes y corales de gran belleza—. Existe un depósito de aire en el compartimento posterior de la nave, y otro que acumula el ya expulsado en un recipiente, para expulsarlo después. Eso nos hace disponer solamente de una reserva total de una hora de aire respirable para dos personas, pero es suficiente para llegar adonde nos dirigimos, y así no revelamos a nadie nuestra presencia. Los cristales de esta cabina no permiten salir la claridad al exterior, de modo que no pueden vernos tampoco, ni siquiera en plena noche.

—Tiene usted muy importantes recursos —comentó Shang secamente—. ¿Todo esto es para luchar contra el general Nelson Velasco?

—Esto es para luchar contra la injusticia y la tiranía, se llamen como se llamen — replicó con frialdad el *ninja*—. Costa Verde tiene derecho a ser un país libre, donde cada ciudadano sea algo más que una simple ficha policial, y donde la riqueza natural del país no vaya a parar a manos de caciques y de potencias extranjeras que corrompan más aún la vida de la nación.

—¿Obtuvo todos esos medios a base de robar a los ricos e

influyentes amigos del general Velasco? —sonrió KwanShang.

—En parte, sí. También hay patriotas que aportan sumas clandestinamente. Todo eso sirve para combatir este sistema vergonzoso... Mire: ya hemos llegado.

Kwan arrugó el ceño. Sobre ellos, apareció una oscura sombra gigante, sobre todo comparándola con las pequeñas dimensiones del submarino de bolsillo. Era, sin duda, la quilla de una embarcación.

La Cobra se situó bajo esa sombra, y luego ascendió en vertical, silenciosamente, Kwan pensó que iban a chocar con la quilla, cuando ésta, súbitamente, empezó a abrirse, deslizándose unas planchas y dejando pasar un amplio rectángulo de luz, en el fondo de la nave, por el que penetró sin dificultades el minisubmarino, como si hubiese alcanzado un barco nodriza que le estuviera esperando.

—¿Es indiscreto preguntar dónde estamos ahora? —se interesó Kwan, cuando notó que el minisubmarino se detenía, flotando sobre el agua de una recámara interior, rodeados por una claridad azul, fluorescente, que permitía ver la amplitud y desnudez de la cámara donde se habían posado.

—Lo es, pero le responderé —los ojos le miraron, fijos, por encima del embozo negro del uniforme de *ninja*—. Estamos a bordo del yate *Barracuda,* donde se aprovisiona normalmente este pequeño submarino. Es nuestra base, nuestro cuartel general.

—¿Nuestro? —puntualizó Kwan, curioso.

—Por supuesto. No podía estar yo solo. Somos una organización preparada para luchar por la libertad de Costa Verde. Yo soy solamente su cabeza visible. Salgamos. Es preciso hacer algo para salvar a su amigo Cole de una muerte cierta. Esta misma noche es posible que lo fusilen.

Abrió una portezuela, y KwanShang vio que estaban junto a un desembarcadero de materia acrílica blanca, bordeando la balsa interior donde ahora se mecía suavemente la miniembarcación. Alcanzó suelo firme sin dificultad. El *ninja* le siguió con ágil salto de su enlutada figura, envuelta en las negras telas de su siniestro uniforme.

Apenas hubieron tocado el suelo, una puerta se abrió. El *ninja* se volvió hacia allá, confiado. Pero un relampagueo de cólera cruzó sus ojos, y desenvainó, rápido, el curvado *tachi* que llevaba, la hoja de acero centelleó a la claridad azul.

—¡Quietos los dos, o morirán sin remedio! —avisó una dura y fría voz—. ¡El yate *Barracuda* está tomado por nosotros, su tripulación reducida, y no dudaremos en utilizar estas armas, si nos obligan a ello!

El *ninja* y KwanShang cruzaron una mirada. El joven chino había iniciado una de sus posturas de *Kung— Fu,* dispuesto a morir matando. Pero ambos parecieron comprender que, a más de veinte

yardas de sus enemigos, y empuñando éstos como empuñaban, tres modernos fusiles ametralladores asestados sobre ellos, era una perfecta locura oponer sus débiles fuerzas a aquella amenaza mortal.

El menor intento, sería recibido con una triple rociada de balas contra la que no cabía defensa alguna, ni por parte suya ni por la del *ninja* misterioso.

—Tire su sable, amigo —suspiró Kwan—. Creo que no podemos hacer otra cosa...

El Cobra afirmó. Dejó caer el *tachi* al suelo. Miró a los tres hombres armados, todos ellos ataviados con un singular uniforme negro, de botonadura plateada y gorras de plato provistas de un emblema que él no había visto aún en Costa Verde.

—Muy bien —dijo el que dirigía el trío armado—. Es una medida prudencial la suya. Vengan aquí. Con cuidado. Recuerden que cualquier intento de agresión será recibido con una ráfaga de balas.

—¿Quiénes son ellos? —quiso saber Kwan, ceñudo—. ¿Hombres del general Velasco?

—No —suspiró el *ninja*—. Me temo que son gente de la tercera fuerza de que hablamos. Los que enviaron asesinos contra Lena Tiger y contra su amigo Cole. Los que mataron al doctor Craven. Los que, posiblemente, tienen en su poder a su amiga de color...

—En efecto —rio uno de ellos—. Somos miembros del Movimiento Renovador Nacional. Y Lena Tiger está con nosotros. Ahora... a bordo de este mismo yate. Naturalmente, si ustedes oponen resistencia y son muertos, ella también será ejecutada en el tacto.

—¿Quién les dirige a ustedes? —mascculló el *ninja* airadamente.

—El Mariscal Negro —dijo burlonamente el portavoz de los hombres armados.

—¿El Mariscal Negro? —pestañeó El Cobra, perplejo—. ¿Quién es? Nunca oí hablar de él antes de ahora...

—Mucha gente oirá hablar de él a partir de ahora. Será el nuevo amo de Costa Verde... ¡y de sus riquísimas vetas minerales sin explotar aún, que le convertirán en el gobernante más rico del mundo! El subsuelo de Costa Verde, es un filón inagotable de oro y cobre, ¿no lo sabían?

—Poder y riquezas —jadeó amargamente KwanShang—. Es lo único que busca su *Mariscal Negro,* ¿no es cierto? Nada de mejorar la vida del pueblo ni engrandecer el país, sino explotar sus riquezas naturales en su solo beneficio... ¡Eso es lo que pretende el *Mariscal Negro!*

Los altavoces situados en los muros de aquella amplia cámara, extendieron por sus ámbitos una voz fría y dura como el filo del metal:

—Van a ser traídos a mí presencia. Los dos. Discutiremos todo eso entre nosotros, caballeros. De su postura dependerán muchas

cosas. Si se ponen a mí lado, me ayudan a derrocar al general Velasco y a erigirme yo presidente de este país, no sólo salvarán sus vidas, sino la de la señorita Tiger... e incluso enriquecerán sus bolsillos notablemente. Si no...tendrán que ser eliminados. Vamos, traigan a los prisioneros. Van a tener el privilegio de ser recibidos personalmente por mí, el *Mariscal Negro...*

—¡Esa voz! —jadeó en tono bajo el *ninja*—. La conozco... Ahora sé *quién* es el *Mariscal Negro,* ¡maldito sea...! Y ahora entiendo también muchas otras cosas...

Pero ya los tres hombres armados iban hacia ellos, para conducirles a presencia de su captor. Otros cuatro hombres provistos de fusiles ametralladores, aparecieron en la puerta cubriendo a sus camaradas. KwanShang abandonó la última esperanza.

Era imposible luchar, intentar algo. Lo más que lograrían, sería morir matando. Sin poder salvar a Lena Tiger ni a Frank Cole, cuyas vidas, por diferentes razones y en distintos lugares, pendían ahora de un débil hilo quebradizo...

CAPÍTULO IX MUERTE TROPICAL

El juez militar acababa de dictar sentencia.

Pena capital. Sería fusilado, como autor de un delito de subversión contra el Estado. Su condición de extranjero, no sólo no servía de atenuante, sino que daba a la acusación un argumento más para calificarle como espía y mercenario. De nada sirvió cuanto alegó Cole. El proceso sumarísimo era una farsa; se efectuaba incluso con muchas horas de antelación a lo previsto, sin testigos de ningún género, y sin otra defensa que un débil alegato hecho por otro militar de Costa Verde, carente de convicción, rutinario y de simple oficio.

—Será fusilado esta misma noche, en ejecución sumarísima y secreta —fue la definitiva sentencia. Se puso en pie el rígido militar que hiciera de juez en aquella siniestra parodia que tuviera lugar en una fría y vacía sala del presidio militar donde estaba recluido Frank Cole—. ¡La vista ha terminado!

Salieron silenciosamente los miembros del tribunal, tras mirarle fría y hoscamente. Esposado, Cole fue conducido por sus guardianes, de regreso a la celda. Un oficial le comunicó, antes de cerrar la puerta de recio metal:

—Le enviaremos un sacerdote dentro de una hora o dos. Luego, dispondrá de otra media hora de tiempo para ponerse en paz con Dios. Inmediatamente, será conducido a un patio interior en el que estará dispuesto el pelotón de fusilamiento, señor Cole.

Frank no replicó. No dijo nada. Había comprendido que era inútil protestar ni exaltarse. Ellos no le harían el menor caso. Habían planeado deshacerse de *él,* y lo harían con una burda patraña. Su voz no iba a ser escuchada en absoluto.

—¿Qué quiere de cena para esta última noche? —preguntó el oficial, antes de ausentarse—. Tiene derecho a elegir lo que guste.

—Sí, es lo habitual —sonrió fríamente Cole. Meneó la cabeza con indiferencia—. No acostumbro a comer mucho. Y no bebo. Un poco de arroz hervido y un zumo de frutas serán suficiente.

El oficial le miró, sorprendido. El tono de Cole era sereno, sin un leve temblor o vacilación. Su rostro se mantenía tranquilo; los ojos inexpresivos. Tal vez era el primer hombre que él veía en los umbrales de la muerte, y mostraba tal indiferencia por el inmediato

final. Admirado, se alejó, asintiendo.

—Será complacido —dijo. Y añadió para sí, perplejo—: «¡Qué hombre! Ni siquiera se inmutó al oír la sentencia ni al ver tan próxima su ejecución. Parece de hielo...»

Cole practicaba en los momentos trascendentales de su existencia las doctrinas aprendidas en un largo y profundo aprendizaje de las enseñanzas del *Zen.* El hieratismo oriental, la ausencia de emociones, la resignación ante lo inevitable, formaban parte de aquel estado de perfecto equilibrio psíquico y emocional que tanto asombraba a los demás. Aprender *Artes Marciales* no era sólo descubrir un horizonte insospechado de recursos defensivos y ofensivos contra enemigos infinitamente más poderosos, sino también el hallar un camino, una vía de paz espiritual y de íntima serenidad ante lo bueno y lo malo de la vida.

Aquella abstracción que le alejaba por igual del miedo, de la angustia, del dolor y de la ira y el odio, era quizá su mejor compañía en tan difíciles momentos.

Se acomodó en la celda, sentándose en el camastro, como en un estado de trance, pero sin rigidez ni vacío, sino mentalmente calmado, físicamente relajado, seguro de que la muerte no era suficiente razón para romper esa armonía profunda de su ser.

Y confiaba en que así seguiría hasta el momento mismo de ser fusilado en un oscuro patio interior, sin testigos ni legalidad alguna, disfrazando un vulgar asesinato con las apariencias de una ejecución dictada en consejo de guerra.

Pensó en KwanShang, y se preguntó si habría logrado ponerse a salvo o no. Pensó también en Lena, sobre todo en Lena, y hubiera querido saber si vivía aún o si por el contrario, iba a reunirse con ella en la región de los espíritus.

Luego, calmosa, serenamente, se quedó pensando, relajado. Esperó la muerte, sin sobresaltos ni desesperación. Como aprende a esperarla siempre el hombre que, por fin, ha hallado su *Do,* su *Camino* o *Vía...*

* * *

—Lo sabía. Sabía que era usted.

El Mariscal Negro contempló fríamente al *ninja* y a su compañero de raza oriental situados frente a él, cuidadosamente esposados. Varios soldados de negro uniforme, metralleta en mano, cubrían a los cautivos.

El hombre de negro uniforme con distintivo de mariscal, gorra de plato charolada, con el escudo de Costa Verde, y las manos enguantadas igualmente de negro, permanecía erguido tras la mesa del camarote; sus frías y duras facciones carentes de emociones. Los

ojos oscuros fulguraban, estudiando a sus prisioneros.

—¿De modo que me conoces, Cobra? —sonrió con dureza—. Eso significa que yo también te conozco a ti. ¡Vamos, quítate de encima ese disfraz y enseña tu rostro! Tengo curiosidad por saber quién es el enemigo número uno del general Velasco.

—Lo soy de él como lo sería suyo, señor —dijo ásperamente El Cobra—. Odio toda clase de tiranías. El país no mejoraría mucho si subiera usted al poder, en lugar de su actual dictador.

—¡He dado una orden! —rugió—. ¡Quítate la caperuza y todo lo demás, Cobra!

Fría, indiferentemente, La Cobra comenzó a obedecer. Sus manos esposadas tomaron la caperuza y la bajaron. Luego, fue el embozo el que descendió lentamente.

El asombro paralizó a todos. Tanto al *Mariscal Negro* como a KwanShang.

¡Detrás de la máscara de La Cobra., era un rostro hermoso *de mujer* el que había aparecido!

—*¡Tú!* —aulló el *Mariscal Negro* con estupor—. ¡Amanda Zapico!

Era ella, efectivamente: la doncella de Bessie de Orlando, la hermana de Lena Tiger.

Sonrió la hermosa joven de tez broncínea, declarando con frialdad, la mirada fija en el *Mariscal Negro*:

—¡Exacto, señor! Por eso le conocí tan bien... señor Raúl de Orlando. Usted no murió en la voladura de su yate, ¿no es cierto? Lo fingió para darse por muerto y luchar clandestinamente contra el general Velasco, en su lucha por el poder y la fortuna...

Raúl de Orlando, el marido de Bessie, estaba pálido, demudado. Encajó las mandíbulas, cuando por una puerta lateral, entraron dos personas a quienes KwanShang había visto antes en el hotel Paraíso de Bahía blanca.

Eran el industrial japonés, YokoHamura, y la hermosísima y exuberante Miss Florida, Cheryl Moore.

Esta última se echó en brazos de Orlando, besando sus labios apasionadamente, en tanto Hamura sonreía, mirando con sus ojillos astutos y maliciosos a KwanShang.

—Bien, señor Shang, usted está tan asombrado como lo estaría su amigo, el señor Cole, si me viera aquí. Yo soy un experto en mineralogía, y fui quien informó al señor De Orlando de la existencia de una inmensa fortuna en oro y cobre en el subsuelo de Costa Verde. Como ve, el señor De Orlando, una vez *muerto,* ha cambiado a su bella esposa de color, por otra mujer más atractiva aún... y de piel muy blanca, como a él le gustan. Es el prólogo de su futuro poderoso, en el que satisfará sus menores caprichos... gracias a mí inestimable ayuda.

KwanShang comenzó a entender la fuerza de la organización creada por el desaparecido De Orlando, el cuñado de Lena, presuntamente muerto en alta mar, en la voladura de un yate, tiempo atrás. Empezó a comprender por qué Lena Tiger había sido, primero atacada, y luego secuestrada, temiendo que la joven *budoka*de color pudiese descubrir la verdad en casa de su hermana... donde, paradójicamente, había estado siempre el oculto enemigo número uno de los tiranos y los caciques: La Cobra... El *ninja* cuya auténtica personalidad era la de Amanda Zapico, la nativa doncella de Bessie.

El gran error del mariscal, de su amante actual, Cheryl Moore, y de su aliado y compinche, YokoHamura, fue considerar que ya todo peligro había terminado, por parte de sus prisioneros.

Un *ninja* es un luchador de condición muy especial, de recursos infinitos, de implacable ferocidad, que jamás se da por vencido... y que lucha hasta la muerte. La suya, y la de sus enemigos.

Evidentemente, Amanda Zapico era algo más que una aficionada a vestir de *ninja.*

Acaso de un modo secreto, ella leyó la historia real de los fabulosos *ninjas* de otros tiempos, y secretamente también, debió adiestrarse en *Artes Marciales* y en muy especiales métodos de lucha propios de los terribles luchadores japoneses de negro ropaje y valor suicida.

Porque ahora, súbitamente, cuando nadie pensaba ya en ella ni en su posibilidad de hacer nada por evitar que la situación cambiase, La Cobra entró en acción de un modo vertiginoso y terrorífico. El propio KwanShang, en los primeros instantes de su reacción, fue sólo un pasivo, asombrado testigo de sus actos, incapaz de reaccionar lo más mínimo.

Las manos esposadas de La Cobra se hundieron décimas de segundo apenas, entre los pliegues de su manto peculiar. Cuando reaparecieron, cada una de ellas esgrimía algo que centelleó a la luz del camarote. Fue todo tan rápido, que ni siquiera los guardaespaldas de Raúl de Orlando pudieron hacer nada por evitarlo.

Los dedos del *ninja* actuaron como si éste, realmente, hubiese procedido del legendario y mítico Japón de los *samurais* y de los luchadores fanáticos e invencibles que cantaban los romances.

De ellos partieron, como centellas, en una fracción de tiempo que el ojo humano casino pudo captar, los dos objetos de acero punzante, las dos extrañas piezas disparadas con una velocidad mortífera, como auténticos proyectiles.

Eran dos *shuriken,* uno en forma de espuela circular, erizada de agudísimas púas de acero, en torno a un disco agujereado en su centro. El otro, en forma de cruz gamada, cuyos remaches eran filos *y* puntas de mayor virulencia que las de una navaja o una daga.

Los *shuriken* o pequeñas armas arrojadizas de acero, partieron sibilantes, hendiendo el aire en dos direcciones precisas, disparadas con mortal puntería por el *ninja* femenino.

Uno alcanzó de lleno la garganta del *Mariscal Negro.* Este emitió un alarido horrible, cuando la punta de acero penetró totalmente en su tráquea, desgarrándola.

La sangre escapó tumultuosa por el boquete. Se desplomó, con ojos desorbitados, sobre su mesa, mientras Miss Florida, semidesnuda, emitía chillidos de pavor, estremecidas sus macizas curvas por el pánico.

La segunda pieza de acero iba destinaba a YokoHamura. Se le incrustó con un ruido desgarrador en pleno pecho, sobre el corazón. La camisa floreada del japonés, era débil defensa contra aquel acero punzante y afiladísimo, que se hincó en su víscera cardíaca, desgarrándola mortalmente. Con una mueca de horror, se desplomó en el suelo, mirando angustiado a su ejecutora.

KwanShang ya no esperó más, porque ahora los tres hombres de las metralletas, alzaban éstas contra los dos prisioneros, dispuestos a barrerlos a tiros. Pero también esa reacción suya había sido lenta, tardía en exceso, a causa del helado estupor que la masacre súbita causara en ellos.

YokoHamura agonizaba en el suelo, y el *Mariscal Negro,* el hombre que soñara con el poder y las riquezas por los que no dudó en prescindir de su nombre, su vida y el amor de su esposa, lo hacía sobre la mesa, hundido el rostro sobre papeles ensangrentados, exhalando un estertor que no hacía sino fluir más sangre por su boca y garganta.

KwanShang, pese a tener sus manos también esposadas, emitió un grito agudo, al mismo tiempo profundo, desgarrado y enervante, cuando saltó en el aire, describiendo un brinco parabólico inaudito:

—*¡KIAI!*

Los tiradores aún vacilaron, sacudidos por la impresión que producía siempre en los enemigos el *kiai* emitido en un momento de poderosa concentración física y mental de un *budoka.* Luego., una especie de huracán humano, devastador y terrible, cayó sobre dos de ellos, mientras el tercero, que encañonaba a La Cobra, se veía venir a éste, emitiendo un alarido similar al *kiai,* aunque más ronco e irreconocible, dispuesto a morir o matar.

El enfrentamiento de aquellos dos personajes, practicantes ambos de las *Artes Marciales,* pero con una mentalidad absolutamente distinta, que en KwanShang era siempre la de tratar de evitar la muerte del contrario, salvo cuando ello era irremediable, y en la *mujer — ninja* era de despiadada ferocidad, con los tres soldados de negro, fue realmente épica. Un choque de titanes, porque Kwan y ella tenían

que enfrentarse a tres armas automáticas de gran efectividad, asestadas sobre ellos.

Si no eran más rápidos que el dedo en cada gatillo de sus antagonistas, estaban perdidos irremisiblemente. Un alud de balas a quemarropa, los convertiría en dos coladores humanos.

Pero eso no sucedió. KwanShang, demoledor, practicó un fulminante y rápido *kungfu,* que pudiera neutralizar la enorme desventaja. Y lo logró.

Sus manos, en posición de *Tao-Shou o cuchillo,* pese a estar unidos por las esposas, salieron disparadas hacia uno de los adversarios, al tiempo que su pierna derecha soltaba una patada devastadora contra el otro, con la punta del pie justamente en los testículos del soldado de negro, que aulló, aguijoneado por un dolor lacerante, y se desplomó de forma instantánea, desvanecido por el potente y preciso impacto del pie de KwanShang. Simultáneamente a esto, sus manos en *Tao-Shou* alcanzaban con idéntica precisión en el punto vital del enemigo que más a su alcance tenía. Ese *atemi*no fue otro que el *Cho-To,* o *entrecejo.* El golpe era mortal, y Kwan lo sabía. Pero el dilema era apremiante y decisivo: matar o morir. No tuvo dudas en golpear en aquel punto vital, causando la muerte instantánea del soldado provisto de fusil ametrallador.

Por su parte, el *ninja* desenmascarado, la bella y femenina Amanda Zapico, demostraba su temible y despiadada capacidad de lucha, al caer sobre el tercer adversario, a quien descargó una seca patada con el talón, un perfecto y elástico golpe lateral, en *Ushiro-Geri*de *karate,* contra la nuez de Adán, en la garganta del enemigo, ya que su salto y elasticidad de movimientos, le permitieron semejante impacto.

Era un devastador talonazo sobre el *Hichu* de su enemigo, y el resultado era tan mortífero como el golpe que las de Kwan descargaran en el entrecejo de su correspondiente adversario.

Al instante, como fulminado, cayó al suelo el golpeado. Dos cadáveres y un hombre inconsciente, fue el resultado de tan vertiginosa e increíble pelea.

Después, ambos *budokas* salieron al exterior, muy a tiempo. Ya los otros soldados, al escuchar los ruidos y gritos, corrían presurosos hacia el camarote de su jefe, dispuestos a intervenir. Todos ellos, armados de fusiles ametralladores. Y a su frente, un oficial armado de una automática de calibre 45.

—¡*El Mariscal Negro* está muerto! —rugió Amanda, con voz furiosa —. ¡Y el japonés también! ¡Vuestro juego se ha terminado, estúpidos!

Los soldados se miraron entre sí, con desconcierto. Eran cuatro, y el oficial completaba el quinteto. Demasiados enemigos para dos personas esposadas, por hábiles luchadores que fuesen.

Sin embargo, tenían que luchar. Y lucharon.

Con sendos gritos roncos, de concentración psíquico-física, los dos combatientes se precipitaron sobre los cinco militares del singular *ejército* clandestino que formara Raúl de Orlando para satisfacer su *ego* de poder y de riquezas. Los soldados de negro uniforme alzaron sus armas.

En ese momento, al captarse los gritos de Kwan y de Amanda, un virulento y vigoroso *«¡kiai!»* el del chino, un rugido de furia devastadora el de La Cobra, una voz emitió otro potente, concentrado *«¡kiai!»,* en alguna parte de aquella zona del lujoso yate.

Y una puerta reventó, desgajándose bajo el impacto de unos pies demoledores, ante el helado estupor de los soldados y la sorpresa de los propios Kwan y Amanda.

—¡Lena! —gritó KwanShang, jubiloso, al ver surgir de un camarote, tras la puerta reventada por el impulso de ambos pies, la figura morena, cimbreante y elástica de su querida compañera, Lena Tiger.

—¡Aquí estoy, amigos! —gritó Lena, avanzando como un torbellino hacia ellos, para hacer frente a los desorientados esbirros del *Mariscal Negro*—. ¡Estaba soñando con un momento así, desde que esos chiflados me capturaron y me encerraron, llevándome consigo a todas partes! ¡Pero mis anteriores encierros eran más sólidos que ese camarote!

No había dejado de actuar, mientras hablaba con voz clara y enérgica. Por el contrario, los tres *budokas*reunidos ahora, los dos *Dragones de Oro* y La Cobra, sabían que cada segundo era precioso si querían salvar sus vidas.

Y los aprovecharon a tope, enfrentándose al nutrido grupo enemigo que tenían ante sí, cerrándoles el paso. Lena advirtió a los dos:

—¡Si los abatimos, estamos salvados! ¡No debe haber mucha más gente a bordo! ¡Se apoderaron de este yate en un golpe de sorpresa, y los amigos de La Cobra están cautivos en la bodega! ¡El resto de la gente de ese loco *Mariscal Negro,* está en tierra, esperando instrucciones para la sublevación!

Ya estaban sobre sus enemigos en aquel momento. Un alud de patadas, de golpes virulentos de codos, puños y manos de los *budokas,*abrieron brecha en el quinteto. Las metralletas saltaron por los aires. La pistola del oficial, también. Las manos esposadas de Kwan, en posiciones de *Yin-Chuan, puño cabeza de Dragón,* de *MingShuan, puño que avanza* o simplemente en forma de *sable, Tao-Shou,* hacían estragos. La Cobra usaba casi siempre sus pies y piernas para, demoledoramente, ya fuese como luchadora de *karate* o de *tae-kwon-do,* derribar una y otra vez a sus enemigos.

Lena Tiger, que no iba esposada, recurrió a sus rápidas llaves de *aikido,* en una gama que iba desde la simple *Ura*a las más complicadas *YonKio* o *Ten-Chi-Nage,* para desarticular la ofensiva enemiga, para frenar sus golpes, a veces intentados con los cortos sables o bayonetas de aquellos soldados de negras ropas, y terminando por abatirlos estrepitosamente.

Por desgracia, uno de los soldados, al caer, lo hizo sobre su propio fusil ametrallador, o quizá el de un compañero suyo. Lo cierto es que sus manos se cerraron sobre la culata y el gatillo. Rápida, Lena se dio cuenta de ello, emitió un potente *¡KIAI!,* y se precipitó sobre el caído, sus piernas en alto, recurriendo al *tae-kwon-do.*

Lo cierto, es que alcanzó mortalmente al soldado en su *kasami* o sien, matándole en el acto. Pero no llegó a tiempo de evitar que una breve ráfaga de balas brotase del arma del solado. Y alcanzaron, de lleno, a uno de los tres...

Amanda Zapico, alias La Cobra, se estremeció, con un gemido ronco, al sentir el ardiente metal penetrando en su hermoso cuerpo de mujer joven y tórrida. Se echó hacia atrás, con una repentina convulsión de sorpresa y dolor en su rostro bronceado.

—¡Dios mío...! —jadeó, mientras el pie de Lena Tiger martilleaba ya mortalmente la sien del soldado, derribándole sin poder concluir su ráfaga en abanico que hubiera segado la vida de los tres. Se tambaleó, mirándoles con angustiada crispación—. Me... han liquidado, amigos...

—Vamos, vamos... —Kwan se inclinó sobre ella, mientras Lena, asomando a la cubierta del yate, se apresuraba a empuñar un fusil ametrallador, para encañonar a los tres soldados de negro que corrían hacia ellos—. ¡Venga aquí, Amanda! Repose aquí sentada, Lena y yo la llevaremos inmediatamente hasta un médico...

—¡No se muevan!—gritó Lena, apuntando a los enemigos—. ¡Tiren sus armas o disparo!

Se oyó el golpeteo rápido de los objetos de metal, golpeando la cubierta. Lena no hubiera disparado jamás un arma de fuego, su propia conciencia de *budoka* se lo impedía. Pero había logrado conminar a los enemigos, y hacerles rendirse.

—Lamento... este final —sonrió, débilmente, Amanda, resbalando sobre el muro de los camarotes del puente, para caer sentada en cubierta. Un doble reguero de sangre quedó trazado en la pared. También brotaba sangre de la comisura de sus labios, y de sus bien desarrollados senos—. Pudimos haber llegado hasta el fin, sin problemas... pero alguien tenía que caer en el camino, era inevitable...Kwan, ustedes tres... procuren devolver a mí patria la libertad y la dignidad... si les es posible. Aunque yo no lo vea ya, me sentiré satisfecha si sé que alguien va a luchar por mis ideales y los

de mi pueblo, sojuzgado y vendido a intereses extranjeros...

—Tienes mi palabra, Amanda —sonrió gravemente Kwan, viendo que la vida se iba de aquella audaz mujer que se convirtiera en el temido *ninja* llamado La Cobra, para luchar contra un tirano y defender a su pueblo heroicamente—. Lucharemos por lo mejor, como hemos hecho hasta ahora... Y tú simbolizas a tu pueblo. Os merecéis que alguien termine lo que tú empezaste...

—Eso... me basta... —le tendió sus manos y apretó con fuerza las de Kwan, esposadas como las suyas—, Eso... me hace morir., feliz... ¡Adiós... amigos...! Ahora sí he encontrado mi... mi *Do...* mi camino...

Y murió. Lena y Kwan cambiaron una mirada. El joven chino bajó los párpados de la joven. Acaso el último *ninja* había muerto. Pero no el último patriota libre...

CAPÍTULO X

ADIÓS AL TRÓPICO

El patio era más tétrico de lo que imaginaba.

Angosto, cuadrangular, de altos muros grises, desconchados, salpicados de sangre seca en algunos puntos, y de otra no tan seca en otros, con claras huellas de proyectiles clavados en el estuco, era, evidentemente, uno de los patios de ejecuciones utilizados por el general Velasco y su régimen de terror y represión, para deshacerse de todo enemigo molesto.

Aquello no recordaba en nada el lado luminoso, alegre y paradisíaco de Costa Verde, ni mucho menos. Era otro mundo, el lado sórdido, sangriento y horrible de una dictadura disfrazada de política libertadora y patriótica. Era el lugar donde se moría oscura e ignoradamente, mientras los turistas gozaban de los placeres de un país falsamente democrático, un fingido paraíso para los naturales y los extranjeros.

Aquél era el mundo del terror y de la represión. Allí iba a morir él, Frank Cole. Como un enemigo más del régimen. El pelotón estaba ya frente a él. Los fusiles le apuntaban. El capitán Acosta se disponía a dar la orden de disparar, tras haberse negado Cole, fríamente, a cubrir su rostro con una caperuza negra, como le ofrecieron.

Quería morir como había querido vivir. Dignamente. Mirando al mundo cara a cara, sin miedo y sin vergüenza, sin odio ni rencor. Esperando, cuando menos, que su muerte no fuese en vano, y otros dos *Dragones de Oro* siguieran adelante su camino, ayudando a los demás a sentirse más justamente considerados, más libres y más dignos, en un mundo no siempre justo ni siempre digno con los demás.

—¡Dios se apiade de su alma, Frank Cole! —dijo, secamente, Acosta, alzando su sable— . ¡Atención! ¡Apunten!... ¡Carguen!...

Iba a seguir la palabra definitiva: «¡Fuego!». En los labios de Acosta temblaba ya la letra F que iniciaba la voz mortal. Cole no pestañeó. No tembló. No se inmutó lo más mínimo.

Entonces, restallaron las detonaciones de fusiles y de metralletas.

Nadie había llegado a ordenar la voz de «¡fuego!». Nadie ordenó disparar. Pero estaban disparando.

Sólo que no fue el pelotón de ejecución el que disparó.

Por el contrario, los componentes del pelotón, con el capitán

Acosta a su frente, se desplomaban ahora, barridos por aquel inesperado huracán de fuego y metal candente, que en escasos momentos ensangrentó el sórdido patio, pero con una sangre que no era la que pensaban derramar los hombres del general Velasco en la serena noche tropical, apenas perceptible allí, en aquel angosto recinto destinado a matar brutalmente a los condenados por la justicia sumarísima del régimen.

Cuando todos hubieron caído, Frank Cole vio asomar, allá en lo alto de las tapias del recinto, las siluetas de soldados armados. Por una puerta, la misma por la que él entrara allí, camino de la muerte, asomaron a su vez algunos oficiales, soldados con el fusil ametrallador en ristre, y a su frente un hombre que Frank Cole había visto anteriormente, y que jamás pensó que pudiera salvarle de la muerte cierta.

Era el comandante Arenas, de Seguridad Interior. Un hombre de confianza del general Velasco. Venía sonriente, y le tendió su mano, al tiempo que ordenaba a sus hombres que cortaran las ligaduras que sujetaban las manos de Cole a su espalda.

—Celebro haber llegado a tiempo, señor Cole —dijo el jefe de Seguridad del Gobierno de Costa Verde—. Un poco más tarde, y no hubiera habido remedio. —Pero... ¿qué significa esto, comandante? —preguntó

Cole, mirando hacia los cadáveres que yacían en el patio—. ¿No fueron ellos los hombres designados por ustedes mismos para mi fusilamiento?

—Fueron los hombres designados por la autoridad del general Nelson Velasco, señor Cole —rectificó suavemente el comandante Arenas—. Pero él ya no manda en Costa Verde.

—¿Qué?

—Ha habido un golpe de Estado. Por fortuna, incruento, salvo en ocasiones como la que usted ha tenido que presenciar. La mayoría del Ejército está a nuestro favor. El coronel Félix Ferrando, se ha hecho cargo del poder. Es un patriota y un verdadero hombre con autoridad, pero sin espíritu dictatorial ni ambiciones corruptas. Bajo su mando, este país será ya otra cosa.

—¿Y usted...?

—Yo estuve siempre laborando secreta, calladamente, en favor de la rebelión. Pero no podíamos precipitarnos. Había que estar seguros, o caso de fracasar, sería esto una matanza atroz. Ahora todo ha resultado bien. Los financieros extranjeros podrán marcharse sin hipotecarnos con créditos que nos hundirían el futuro. Hay minas de oro y cobre, hay yacimientos de petróleo, y muchas cosas que enriquecerán nuestro país y nuestro día de mañana.

—Les felicito —suspiró Cole. Sonrió luego, y añadió—: ¡Ah, y

gracias, comandante! Creo que nunca nadie me resultó más simpático que usted, cuando le vi llegar...

—Me alegra que piense usted así —sonrió el comandante a su vez—. Creo que ese sentimiento suyo crecerá más aún, cuando le diga que tenemos informes urgentes, procedentes de la emisora de radio del yate *Barracuda,* de regreso a tierra desde alta mar, con sus amigos KwanShang y Lena Tiger a bordo, sanos y salvos, y dueños absolutos de la situación, junto con los colaboradores que El Cobra tuvo durante su tarea contra el dictador Velasco.

—¡Cielos, eso es aún mejor que salvar mi vida, comandante! —Cole le miró con abierta gratitud—. ¿Respecto... al Cobra?...

—Malas noticias —sacudió la cabeza—. Su amigo

KwanShang me ha notificado por radio que falleció a bordo, luchando por ayudarles, combatiendo contra otro tirano que hubiera sido funesto para nuestro país: el *Mariscal Negro,* de quien ya tenía yo noticias. Era la tercera fuerza que se movía en las sombras... y su jefe resultó ser un pariente de su amiga Lena Tiger. Su cuñado, Raúl de Orlando. Y, casualmente, su doncella, Amanda Zapico, era La Cobra...

—¡Amanda Zapico! —repitió Cole, sorprendido. Recordó algo—. Por eso me ayudó tan oportunamente, cuando fui atacado junto a la casa de sus patrones... Era ella... Bien, comandante, gracias por esos informes. Creo que iré a esperar la llegada a puerto de ese yate, el *Barracuda...*

—¿Cree que tiene fuerzas suficientes para ello? —dudó el comandante Arenas.

—¡Ya lo creo! Y si no las tuviera... las sacaría de alguna par te, no lo dude —rio Frank Cole—. La ocasión, vale la pena, créame

* * *

La ocasión valió la pena, realmente.

Cuando el *Barracuda* arribó al club náutico de Bahiamar, numerosas fuerzas militares de la sublevación del coronel Ferrando, ocupaban los accesos y zonas inmediatas con un fuerte cordón de seguridad.

Descendieron del yate la hermosa Miss Florida, esposada con los demás soldados de uniforme negro, supervivientes del choque con los dos *Dragones de Oro* y la fallecida Cobra, y finalmente los dos *budokas,* llevando consigo en una camilla el cadáver de Amanda Zapico, del que se hicieron cargo las ambulancias oficiales.

Un prieto abrazo fundió en una piña fraterna a los tres *budokas.* Cole, Kwan y Lena, volvían a encontrarse. Con vida todos ellos, pese a la tremenda prueba vivida en los trópicos, en un presunto paraíso que ocultaba, tras su hermosa faz aparente, un verdadero infierno de

intrigas, complots, conspiraciones, terror político y ambiciones oscuras.

De todo aquello, sólo se salvaba la altura de miras del *ninja* llamado La Cobra que, pese a su cruel modo de actuar, había servido a una noble causa. Y ahora, el golpe de estado del coronel Ferrando, para devolver al país su libertad y su dignidad, enfrentándose a un futuro lleno de promesas.

Y ellos que, pese a todo, habían salido con bien de su propia odisea personal.

—Ahora, mi hermana puede vivir tranquila —suspiró Lena, aún abrazada a Cole—. El peligro que la acechaba no estaba sólo en el gobierno del general Velasco, sino en su propio marido, a quien creía muerto... y que desde la sombra planeaba algo aún peor para su país y para su presunta viuda... Por suerte, La Cobra velaba por ella, sin que mi hermana Bessie pudiera imaginarlo siquiera... Amanda estudió técnicas de *ninja* en Japón, hace seis años, siendo una adolescente, en una escuela secreta.

—Muchas veces pensé en lo felices que son los turistas que pasan sus vacaciones en un lugar como Costa Verde —comentó KwanShang, con ironía—. En lo sucesivo, no se me ocurrirá nada semejante, creedme.

Pero Lena y Cole no le escuchaban en ese momento. Instintivamente, como atraídos por una mutua pasión que no podían dominar, pese a su perfecto control de sí mismos, se habían unido en un más apretado abrazo. Sus bocas se encontraban, sus labios se fundían en un choque húmedo y embriagador, y sus cuerpos estaban, tan unidos, que parecían formar uno solo.

Ambos habían pensado que no volverían a encontrarse en este mundo. Ahora que lo habían logrado, algo superior a ellos les fundía en aquel contacto candente, que revelaba algo más, mucho más que una simple amistad, que una camaradería nacida del común desafío al peligro.

Después de todo, Frank Cole era un hombre, y Lena Tiger era una mujer.

Un compuesto químico que ni siquiera las *Artes Marciales* podían alterar en su proceso lógico e inexorable.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

Impreso en España